BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

TITANES DE VIDA ETERNA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



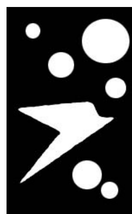
LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS GARLAND

TITANES DE VIDA ETERNA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 204

Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8
Depósito legal: B. 22.676 – 1974

Impreso en España – Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1974

Impreso en los Talleres Graficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2. - Barcelona - 1974

1

Era una nave del llamado tipo nave de servicio, biplaza, con guía mediante computador o manual en caso de emergencia, blindaje antirradiación, motor de plasma fotoeléctrico y un empuje aproximado de ochenta toneladas. Su denominación habitual era la de «modelo FK-50», podía destinarse a uso general o a uno concreto en particular, si ese era el deseo de sus fletadores.

Aquella nave en concreto se destinaba al aprovisionamiento de estaciones espaciales tripuladas o Colonias extraterrestres distantes del Sistema Solar, y su empresa fletadora era la Spacial Catering American Corporation, más conocida por sus siglas de SCAC.

Desde el año 2510, aproximadamente, prestaban sus servicios también en el área de Alfa Centauro dedicándose a renovar de aprovisionamientos a las Colonias terrícolas allí establecidas desde el Gran Salto del 2350, en que finalmente el Hombre llegó a conquistar virtualmente el Universo, con sus nuevos sistemas de propulsión a grandes distancias cósmicas.

Las «FK-50» no eran naves excesivamente rápidas —dentro de lo que por entonces se consideraba auténtica «rapidez», en distancias astrales realmente mareantes para generaciones anteriores—, pero sí bastante sólidas y seguras, sumamente adecuadas para la labor que llevaban a cabo.

La tripulación de la nave que ahora llevaba sus provisiones de recambio a la Colonia Elipse, del asteroide Opal, uno de los grandes satélites del planeta gigante Dracus, en el límite sur de Alfa Centauro, estaba formada por Alan Maxwell y Ned Robin.

Alan Maxwell y Ned Robin llevaban juntos más de tres años, ejerciendo aquella labor que, en el fondo, tenía más de rutinaria que de apasionante. Viajar por el espacio ya no era una gesta heroica. Alcanzar distancias inaccesibles hasta sólo un siglo o dos antes, tampoco. Por tanto, se limitaban a cumplir un trabajo habitual que, como todos los trabajos habituales, terminaba por ser, incluso, aburrido.

Aquel viaje se realizaba una vez cada seis meses, período de tiempo durante el cual el aprovisionamiento de cada Colonia quedaba asegurado, incluso con reservas suficientes para cualquier imprevisible demora de las naves de Catering en su llegada.

Esta vez, la demora había sido de sólo una semana, debido a una serie de fenómenos atmosféricos en torno al planeta Dracus, que habían provocado dificultades en la navegación espacial. Pero desde Elipse nadie reclamo con apremio las provisiones, por lo que era de suponer que las cosas allí funcionaban normalmente,

como siempre.

Los fenómenos atmosféricos habían provocado lluvias de meteoritos e incluso radiaciones cósmicas bastante potentes, cuyo origen centraron los expertos en alguna posible convulsión de Dracus, planeta inexplorado por la sencilla razón de que era del todo inhabitable, al contrario de lo que sucedía con varias de sus lunas, -Opal entre ellas, donde la existencia de atmósfera y condiciones de vida permitían al ser humano establecer allí sus Colonias.

Dracus, por el contrario, era una ingente masa cubierta eternamente de vapores. Las sondas espaciales enviadas a su interior por la Confederación Espacial Norteamericana o por la Federación Galáctica de las Repúblicas Soviéticas, había dado como resultado el análisis de una superficie en convulsión, volcánica, de temperaturas altísimas, atmósfera donde se combinaban gases como el metano o el hidrógeno puro, así como materias en su superficie que iban desde el mercurio en ebullición-hasta el uranio o el cobalto en estado líquido o gaseoso, emitiendo emanaciones letales por doquier.

Sólo el hecho de que una espesísima capa de nubes gélidas envolvieran misteriosamente el planeta en una especie de enorme masa algodonosa, de color gris tornasolado, permitía que los terribles calores del planeta gigante alcanzasen de modo fatídico a sus cinco satélites o lunas, Elroc, Opal, Nubilia, Alfa y Orestia. De los cinco satélites, solamente Opal estaba habitado. Los otros cuatro eran simples masas rocosas sin vegetación ni agua, aunque dotadas de una ligera

atmósfera de olor sulfuroso, a causa de las emanaciones que surgían de entre las grietas de su accidentado suelo.

Los colonos terrestres de Opal, por tanto, vivían demasiado aislados en la Colonia Elipse, pero no se quejaban de ello. Habían elegido esa vida en la época llamada de los Grandes Éxodos, huyendo de un planeta

Tierra cada vez más competitivo, superpoblado e inhabitable a causa de los contaminantes industriales, para expansionarse por el Universo recién conquistado, en busca de nuevos horizontes.

Y Opal, pese a su soledad en la región de Dracus, era una simple posibilidad entre tantas otras, de vivir de la minería y de nuevas industrias creadas a lo largo de la nueva expansión.

De todo eso habían charlado muchas veces Alan Maxwell y su compañero de tripulación del FK-50 para que ello fuese motivo de conversación capaz de animar su largo y aburrido viaje desde la Estación de Aprovisionamiento Colmena, en la propia constelación de Alfa Centauro, donde la SCAC les suministraba los cargamentos de las diversas provisiones para las Colonias, desde medicamentos a videolibros, pasando por alimentos, material de recambio industrial, etc.

Tal vez por ello, Ned Robin se hallaba entretenido presenciando en la pantalla de a bordo el pase de un video estereoscópico de música moderna, cuando su compañero y capitán de la nave, Alan Maxwell, le anunció con tono rutinario:

—Ya llegamos, Ned.

Robin bostezó, dirigiendo una mirada aburrida a través del visor de los mandos de la nave de carga. Luego asintió, quitándose los auriculares de sus oídos, a la vez que desconectaba la pantalla de video.

—Ahora que empezaba lo mejor… —comentó.

—¿Qué era «lo mejor»? —preguntó Alan con una sonrisa, pulsando las teclas de los mandos para preparar el aterrizaje en Opal.

—Esa chica fabulosa, Lavinia, iba por el quinto velo en su danza de *strip-tease*. —Creí que esa clase de espectáculos habían pasado de moda ya.

—Eso nunca pasa. Alan. Y menos con un cuerpo como el de Lavina. Está haciendo furor en todas partes. Dicen que va a hacer una gira por las Colonias del Sistema Solar. Tal vez algún día se acuerde de venir hasta Alfa Centauro…

—Lo dudo. Está demasiado lejos. Y aquí no tendría tanto mercado —rió de buen humor Alan, mientras la FK-50 planeaba suavemente sobre Opal, reduciendo la velocidad de sus potentes foto-reactores.

—Pues es una lástima. Si vieras qué tetas tiene la moza… Y qué…

—Bueno, basta —le atajó Alan, riendo—. Si sigues pensando en ella tendrás que visitar el burdel de Elipse. Y no te lo aconsejo. Allí no encontrarás a ninguna Lavinia. Las tetas más hermosas que recuerdo haber visto allí, pertenecían a una rubia cuarentona con bastante celulitis en su cuerpo.

—Bueno, me conformaré con ver otra vez ese video al regreso —se resignó Robin, encogiéndose de hombros y ajustándose los cinturones de seguridad

para el aterrizaje—. Listo, Alan.

Maxwell asintió, pulsando el botón de descenso. La nave se situó en vertical, iniciando su bajada a través de la atmósfera de Opal. Poco después, se posaban suavemente en el cosmodromo de la Colonia Elipse.

—Es raro —comentó Alan frunciendo el ceño al conectar la pantalla—. No nos dan la bienvenida. Ni tan siquiera han emitido los mensajes reglamentarios para indicarnos posición. Esa gente está siempre pensando en las batuecas. ¿Recuerdas aquel viaje en que nos dieron datos equivocados? ¿O aquel otro en que les pillamos dormidos y ni se enteraron de que llegábamos?

—Esta Colonia es un desastre —asintió Robin-—. Dicen que es por culpa de ciertos gases de su atmósfera, que producen sueño o desorientación...

—Eso dicen, pero los análisis atmosféricos no han demostrado científicamente nada. De todos modos, les traemos nuevos medicamentos e instrucciones grabadas por los especialistas, para que el médico local estudie mejor el caso. Lo demás, no es asunto nuestro.

Robin asintió, con otro bostezo, soltando sus correajes de seguridad. Luego se ajustó su uniforme azul brillante y se puso el casco con el escudo de la empresa proveedora a la que pertenecía. Se miró en un bruñido metal de la nave, a modo de espejo.

—Siempre tan coqueto, ¿eh? —se burló Maxwell.

—Hombre, puede que veamos a alguna chica por ahí, cuando bajemos —suspiró Ned—. Se debe uno cuidar la imagen, supongo.

—Por supuesto —rió su compañero—. Pero es dudoso que encuentres a alguna chica de las que a ti te gustan. Aquí las mujeres jóvenes trabajan en las factorías. Y suelen casarse a edad temprana, porque la vida en soledad para una mujer en Elipse no resulta aconsejable ni tan siquiera psíquicamente, de modo que olvídate de eso. Es día laborable, de modo que no creo que veamos a ninguna jovencita de tu gusto que se quede prendada de tu persona.

—Bueno, siempre pones las cosas bastante mal. Alan. Esperemos que la realidad sea un poco más benévola conmigo. No puedo soportar dos semanas dentro de este trasto, sin ver más mujeres que las que aparecen en las grabaciones videoscópicas...

—Pues no te hagas demasiadas ilusiones, muchacho. Es un buen consejo que te doy.

Robin meneó la cabeza, desalentado, siguiendo a su jefe hacia la compuerta de salida, que se abría ya automáticamente, una vez posados en el suelo del satélite de Dracus.

Alan Maxwell, con el portafolios conteniendo toda la documentación relativa a la carga que había de poner en manos de sus destinatarios, fue el primero en salir de la nave de carga, dirigiendo una mirada en derredor.

Conocía demasiado bien la estación de Elipse, con sus amplias y modernas instalaciones, de una esquemática funcionalidad. Alá, frente a ellos, la torre de control aparecía esbelta, recortándose contra el cielo gris verdoso del planeta. Allí no existían en el celaje los hermosos y pálidos azules de la Tierra;

cuestión de composición gaseosa. También el único mar de Opal, el Lago Estigia, era de ese mismo color, al ser reflejado por sus turbias aguas. Era aquel lago, por cierto, el que prestaba energía hidráulica a parte de la industria colonial.

—No se ve a un solo empleado del cosmodromo por aquí —señaló Robin extrañado.

—Tal vez celebran alguna huelga, por eso no nos dieron la bienvenida —Maxwell se encogió de hombros—. Si no nos atienden, registraré los documentos de entrega en el ordenador de recepción y luego nos iremos a dar un paseo por ahí, tomar una copa y, a ser posible, como sin duda estás deseando, intentar ligar con alguna moza de buen ver. Si eso nos falla, siempre queda el recurso del burdel…

—No, gracias —se apresuró a rechazar Robin—. Para eso, prefiero un rato con alguna muñeca-robot de plástico del Centro del placer.

—Uf, a mí no me hace ni pizca de gracia que manosee una imitación artificial de mujer, programada como una máquina tragaperras —rechazó Alan—. Me da la sensación de estar jugando a muñecas. Y su piel de plástico no tiene el calor de la humana, por mucho que lo aparente.

—Cuestión de gustos. Esperemos que ni el burdel ni el Centro del Placer sean necesarios, la verdad. Si encontramos a dos fulanas asequibles, tanto mejor.

Como se temían, no encontraron a nadie ni en los corredores de acceso, ni en las pistas ni tan siquiera en las oficinas del cosmodromo. El vacío era absoluto. El silencio, total, con excepción del resonar hueco de sus

pisadas en los pavimentos de plasticemento. Solamente en una gran pantalla alargada, horizontal, iban desfilando las letras luminosas, en una salutación tan fría como mecánica:

VIAJERO, SEA BIENVENIDO A LA COLONIA ELIPSE DE OPAL. DESDE AHORA, ESTA EN SU CASA. Y CUANDO SE VAYA, NO OLVIDE VOLVER.

—Si por mí fuese, no volvería nunca —se quejó Robin meneando la cabeza—. Esto es de lo más aburrido. Sólo faltaba una huelga de funcionarios...

A través de la cinta transportadora, subieron a las vacías oficinas del Departamento de Recepción de Mercaderías, mientras los mecanismos automáticos de la nave FK-50 procedían a descargar los embalajes en la pista, como hacía siempre que arribaba a puerto. Grúas y plataformas mecánicas previamente programadas, depositaban la carga en su lugar de destino. Alan no encontró en cambio a nadie que firmase los recibos para hacerse cargo de todo ello. Las oficinas estaban totalmente desiertas.

Se encaminó al ordenador de recepción, donde introdujo los documentos. La máquina los registró y firmó, devolviéndole las copias, que Maxwell guardó en su portafolios.

—Listo —dijo—. Ahora, vámonos. Ya hemos cumplido con nuestro deber. Toda la mercancía defectuosa o para devolución que deban entregarnos, ha de estar a bordo antes de mañana a esta misma hora. Si no, nos iremos sin lastre alguno, y que se arreglen ellos con la Federación.

—Bien hecho. Nosotros cumplimos la tarea. Que

hagan ellos igual con la suya. ¿Hacia dónde vamos?

—Al centro comercial, como siempre. Es donde se puede tomar una copa a cualquier hora. Ya sabes que el personal de la Colonia tiene restringido el horario de servicio de alcohol, para evitar problemas. Sólo la cantina de servicio a extranjeros o transeúntes funciona a todas horas.

Los dos hombres salieron del astródromo, tomando un autovía automatizado, en dirección al centro comercial de la pequeña ciudad establecida en Opal. Alan arrugó el ceño cuando se detuvieron ante el edificio de la cantina.

—Es raro... —comentó.

—¿Qué es lo raro? —indagó Ned.

—No hemos visto a nadie desde nuestra llegada, ¿te has dado cuenta?

—Eso ya lo has dicho antes...

—No, pero ahora es distinto, Ned. Ya no se trata de una posible huelga en el cosmodromo. Es que no hay nadie en las calles, tampoco.

—Bueno, es hora laboral, ¿no? Y también de colegios...

—Pero no para los demás. También hay desocupados en Elipse: ancianos, personas enfermas, mujeres de cierta edad... e incluso empleados municipales de servicio, como policía de tráfico o basureros. No he visto a ninguno de ellos.

—Bah, también habrá huelga en esos estamentos. Entremos a tomar esa copa, siento que mi garganta está reseca...

Cruzaron las puertas de la cantina. Esta vez sí hubo

sorpresa incluso para Ned, que se detuvo, perplejo, contemplando la sala.

—Eh, mira esto —comentó—. Ni un alma, Alan.

—Ya lo he notado —el gesto de Maxwell era de preocupación. Recorrió mesas, barra, el local completo con la vista—. Ni clientes ni camareros. Nadie.

—Si estuvieran en huelga, hubiesen cerrado esto, supongo.

—Supones bien. Aquí sucede algo extraño, Ned.

—Sí, pero, ¿qué?

—No lo sé, la verdad. Antes de salir observé los indicadores. No anunciaban ninguna anomalía atmosférica, los índices contaminantes son nulos… ¿De que puede haber huido la gente?

—¿Huido dices?

—Es lo que parece, al menos. Vamos a hacer una prueba.

—Espera, antes tomaré un trago. Supongo que lo que hagamos puede esperar un minuto, ¿no?

—Como quieras --suspiró Alan, caminando con su amigo hasta la barra. Se sirvieron dos copas sin problemas. Las apuraron de un trago. Robin se sirvió otra, pero Maxwell negó con la cabeza.

Tras tomarse un segundo trago, Robin partió tras de Alan, que había salido nuevamente a la calle de la Colonia. Le vio dirigirse a un edificio cercano, donde pulsó el llamador. Un recuadro luminoso se encendió en el indicador automático. Ambos pudieron leer el mensaje: «AUSENTE».

La prueba se repitió en varios edificios. Igual resultado siempre. La respuesta era invariable en los

contestadores: «Ausente». Se detuvieron ante un colegio, Alan empujó la puerta, entrando en él. Regresó de inmediato, ensombrecido el rostro,

—Ni un alma —dijo—. Ni maestros ni alumnos, Ned.

—Pero, ¿qué diablos pasa aquí?

Alan se encogió de hombros. Su siguiente parada fue en la estación de policía municipal. Entraron por todas sus dependencias. Las cosas estaban en orden, no había señales de violencia. Sólo que todo estaba desierto.

—Siempre igual… —murmuró Maxwell—. Dios, empiezo a tener cierto miedo… Vamos a ese burdel, Robin.

—Esperemos que las fulanas no se hayan largado también de aquí —sonrió Ned.

Pero no era así. Tampoco allí había nadie. Las salas estaban vacías, las habitaciones, también. Robin hizo funcionar el videocine. Se proyectó un film estereoscópico de tema erótico subido. Las voces y movimientos sólo existían en la pantalla. Era la única señal de vida existente en la Colonia, salvo ellos dos.

Salieron del burdel. Alan señaló un edificio enfrente.

—Vamos allá, Ned. Si ahí también podemos entrar libremente, es que lo que sucede en la Colonia es más grave de lo que podemos imaginar…

Robin entendió. El edificio que señalaba su compañero ostentaba un amplio rótulo encristalado sobre su puerta:

BANCO CONFEDERADO DE ELIPSE

Se acercaron a la puerta. Pulsaron el llamador. La hoja metálica se abrió silenciosamente. Pudieron penetrar en el establecimiento bancario. Como temían, estaba tan vacío como el resto de la Colonia.

—Dios mío... —murmuró Robin—. Mira eso...

Alan miró en la dirección que le señalaba su amigo. Asintió, ceñudo.

Tras las ventanillas se veían fajos de billetes de curso legal, abandonados por alguien. Bastaba alargar la mano y tomarlos. Eran miles, quizá millones de *créditos*.

—Ya lo ves. Ninguna huelga, ningún éxodo repentino afecta a los bancos —dijo Maxwell—. El dinero no se abandona así como así.

—Podríamos hacernos millonarios aquí, sin que nadie pudiera evitarlo, Alan...

—Pero no lo haremos. Tenemos que saber qué ha sucedido.

—¿Ni siquiera unos pocos miles de...?

—Ni siquiera eso —cortó él tajante—. ¿Acaso somos salteadores o ladrones? Debes resistir la tentación.

Y pensar en las personas, no en el dinero. ¿Adonde han ido las gentes de Elipse? ¿Y por qué se fueron de aquí tan rápidamente, sin dejar nada en desorden, como si todo hubiese sido planeado cuidadosamente? ¿Por qué nadie nos ha hablado de que hubiera problemas en Opal? Que sepamos, la Confederación o SCAC no han sido informadas de nada anormal en relación con este satélite, o nos lo hubieran advertido antes de aterrizar. Hablé con la central de la SCAC

minutos antes de posarnos aquí. Todo era normal en su banco de datos.

—Pues sí que es normal... Esta Colonia tiene más de dos mil habitantes. Y no queda nadie en ella.

—Vamos a los centros industriales. Tal vez se hayan refugiado allí por alguna razón que no entiendo. Pero será mejor ir armados, Ned.

—¿Armados? Yo no uso nunca armas...

—Yo tampoco. Pero esta situación es excepcional. No estará de más protegerse de posibles imprevistos. Ven conmigo.

Le condujo a un cercano establecimiento. Era un enorme supermercado donde se vendía de todo. Las cajas estaban vacías. No tuvieron que pagar por dos pistolas láser con sus correspondientes cargas de recambio de diez disparos. Aun así, Maxwell dejó en una caja registradora un billete de cincuenta *créditos*, que registró en la misma. Las cifras le indicaron en un panel luminoso que la caja tenía registrados nueve mil ochocientos *créditos*, hasta el 11 de agosto del 2583.

—Estamos a día 14, conforme al calendario interespacial —dijo Alan, pensativo—. Y ese es el que se usa en Elipse, como en todas las Colonias. Por lo tanto, hace tres días terrestres que sucedió esto.

—Que traducido a fechas de Opal...

—...Corresponde a cinco días o poco más, puesto que aquí el día dura aproximadamente unas catorce horas. ¿Dónde se ha metido la gente todo ese tiempo? ¿Por qué se marcharon sin dejar nada en desorden, sin prisas ni violencias?

—Que me registren. Alan. No tengo ni idea.

—Yo tampoco. Pero eso es grave, Ned. Muy grave...

E inesperadamente, oyeron cantar a alguien.

2

Se miraron perplejos, como el que oye algo que no es de este mundo.

Su costumbre al silencio en aquellos momentos, les hizo considerar como insólito el simple sonido de una voz humana cantando.

—Debe ser algún receptor de radio o televisión abierto... —sugirió Robin.

—Quizás. Pero, ¿por qué se ha puesto en funcionamiento? Viene de la calle...

Corrieron a la misma. Al parecer, seguía tan desierta como antes. Pero la voz y la canción llegó nítida hasta ellos. Alan sacudió la cabeza.

—No es una radio. Ni un televisor —dijo—. Es una persona. Una mujer...

—Menos mal —suspiró Robin, siempre influenciado por sus gustos personales, tan dados al sexo opuesto.

—Y viene de allí —señaló Alan, tras escuchar unos momentos con atención. Señalaba a una cercana plaza ajardinada. Los jardines eran artificiales, hechos de materias plásticas, aunque parecía real. Las plantas no tenían fácil supervivencia en Opal. Ambos se movieron rápidos hacia allá, empuñando sus pistolas de rayos láser sin apenas darse cuenta de ello.

Cuando llegaron a la plaza, de forma octogonal,

con largos bancos de vitrofibra, bajo las artificiosas copas de los árboles plásticos, se quedaron de una pieza.

Ambos se miraron incrédulos. Robin tragó saliva.

—Que me ahorquen si no es cierto lo que veo —murmuró—. Eso no es una muñeca robot de plástico, precisamente… ¡pero va *desnuda* por la calle!

Era cierto. Totalmente desnuda. Con el cuerpo más espléndido y sugestivo que jamás habían visto en su vida. Robin se dijo que, al lado de aquella mujer, incluso la mítica Lavinia de los videos eróticos era algo sin importancia.

A pesar de su desnudez y de la arrogancia de sus curvas, aquella desnuda criatura que deambulaba por la plaza octogonal cantando como una ninfa paradisíaca, ofrecía un aspecto de candidez, de inocencia, que sorprendía por igual a ambos amigos.

—Parece en trance, Ned —señaló Alan—. No es normal lo que está haciendo…

—Tal vez se trate de una enferma mental, por eso se ha quedado sola en este lugar… paseando de ese modo.

—Es una posible explicación, sí. Mira, sigue cantando. Pero nos ha visto.

—Y no ha reaccionado…

—No, no ha reaccionado. Es extraño. Pero todo lo que sucede aquí ahora lo es… Veamos, es preciso aclarar este enigma cuanto antes…

Fue hacia ella. Ned Robin le siguió de inmediato.

La mujer les miraba ahora fijamente. Ni siquiera hizo acción de cubrirse con sus manos parte alguna del

cuerpo, ni por un simple e instintivo pudor. Era como si no supiese que iba desnuda, o como si esa desnudez careciese para ella de toda importancia.

Tenía una bella voz, melodiosa y suave. Sabía cantar dulcemente. Entonaba viejas melodías que ya no estaban de moda. Baladas sentimentales de su mundo de origen, el planeta Tierra...

—Hola, mujer —saludó Alan, parándose ante ella.

Ella también se detuvo, como sorprendida. Le miró. Tenía unos grandes ojos claros, luminosos. Sonrió. Esa sonrisa dio más dulzura aun a su atractivo rostro, bajo la corta cabellera dorada.

—Hola —respondió con sencillez.

Y siguió cantando, dispuesta a seguir su camino.

Alan alargó un brazo, la retuvo, cerrando sus dedos en torno al desnudo brazo de ella. Lo hizo suave pero firmemente. La mujer le miró de nuevo, sorprendida. Robin calculó que no tenía más allá de veinte o veintiún años.

—Suéltame —pidió.

—En seguida —prometió Maxwell—. Antes dime tu nombre.

Los ojos claros, de un azul que recordaba al cielo

o al mar terrestres, se fijaron inexpresivos en Alan. Meneó la cabeza tras un breve silencio.

—No lo sé,

—¿No sabes tu nombre? Eso no puede ser.

—Es la verdad. No sé cómo me llamo.

Alan cambió una mirada de desconcierto con Ned. Este puso cara de circunstancias.

—Eso no tiene sentido —insistió Alan—. Todo el

mundo sabe cómo se llama.

—Yo, no —sostuvo ella indiferente. Y volvió a cantar.

Alan resopló. Empezaba a exasperarse. Aún la retuvo sujeta.

—¿Dónde vives? —insistió.

—Aquí.

—¿Aquí, en Elipse? —Sí. , .

—Pero, ¿en qué lugar exactamente? ¿Cuál es tu casa?

—No lo sé.

Maxwell enrojeció. Robin se hubiera sonreído, de no sentirse tan desorientado como su camarada. Sabía que su compañero y superior estaba iracundo ahora.

—¡Infiernos, tienes que saber algo! —explotó—. ¿Dónde está la gente de Elipse, adonde se fue?

Los ojos azules siguieron sin revelar nada concreto. La respuesta, tampoco:

—Lo ignoro. No hay nadie. No sé adonde fueron. Yo no sé nada. No recuerdo nada...

—Vas desnuda —dijo fríamente Maxwell

Ella se miró el cuerpo. Fue como si acabara de descubrirlo. Se encogió de hombros y dulcificó aún más su sonrisa con una ingenuidad pasmosa.

—Sí —admitió.

Alan la soltó. La muchacha siguió adelante, reanudando su canción. Ambos amigos se contemplaron estupefactos.

—Esa chica debe estar loca —refunfuñó Maxwell.

—Espera un momento —dijo Ned—. ¿Recuerdas una de sus frases?

—¿Cuál, en concreto? Ha dicho tan pocas…

—Dijo: «no recuerdo nada»…

—¿Y bien…?

—Podría ser… amnesia. Alan.

—¡Amnesia! ¿Quieres decir que… ha perdido la memoria?

—Es una posibilidad. Por eso ignora su nombre, dónde vive, adonde fue la gente…

—Pero, ¿y la desnudez? ¿Y esa maldita canción?

—Puede haberle trastornado el ataque de amnesia, producirle un trauma o un estado psíquico rayano en la hipnosis o el sonambulismo. No se da cuenta del sentido real de las cosas. Pasea, canta, vive… sin preocuparse de más.

—Eso es como estar loca, Ned.

—No del todo. Después de todo, ¿qué es la locura? Nunca se ha sabido responder a eso. Puede que sea una forma de locura. O puede que no. ¿Y si algún virus o contaminante afectó de forma parecida a toda la población de Elipse, provocando un éxodo hacia alguna parte?

—No hay muchos lugares adonde ir, Ned —rechazó Alan—. No en este asteroide. Sólo tiene suelo rocoso, minas… Elipse es su única región colonizada. El resto es como un desierto pedregoso y estéril donde nadie sobreviviría. Ni vegetación ni animales para cazar. Nada.

—¿Por qué no probamos a ir hasta las minas, por si están ocultos allí? -—sugirió Ned, tras contemplar pensativo la figura desnuda de la joven, perdiéndose por entre los jardines artificiales.

—Es una buena idea. Pero... ¿y la chica? No podemos dejarla así.

—Tal vez no quiera venir con nosotros. Pero se puede intentar. Utilizaremos el minicrucero para llegar hasta la región minera del norte.

—De acuerdo, vamos allá —aceptó finalmente Maxwell—. E intentemos llevar con nosotros a la muchacha...

Volvieron hacia atrás, reuniéndose de nuevo con la desconocida, que seguía su paseo entre canciones. Fue Ned, más convincente en sus relaciones con el bello sexo, el que intentó persuadir a la joven del modo más amable posible:

—Escucha, amiga mía —dijo—. Vamos a dar un paseo para reunimos con los demás, los que se fueron de aquí. No querrás quedarte sola, ¿verdad?

—Estoy bien sola. Y puedo cantar —sonrió ella.

—Ya lo sé. Pero si vienes con nosotros, viajarás por el aire. Podrás cantar aún más libremente. Y luego conocerás lugares muy diferentes de este satélite, donde tus canciones serán aún más apreciadas.

—¿De veras? —los ojos ingenuos expresaron ilusión—. Sí, me gustaría...

—Entonces, ven con nosotros. Será un corto viaje, pero te gustará. Lo vas a pasar muy bien. Sólo que... hará más frío adonde vamos. Debes cubrirte un poco.

—No tengo ropas. No tengo nada.

—Eso se arregla pronto. Vamos, te proporcionaré ropa, amiga... ¿cómo te gustaría que te llamase, puesto que no sabes tu nombre?

—No sé.

—Tuve una amiga en la Tierra, ¿sabes? Se llamaba Vania. Tú también te llamarás Vania... Hasta que recuerdes tu nombre, ¿de acuerdo?

—¿Vania? Sí, suena bien... Me gusta.

—Entonces, no se hable más... Vania —sonrió Ned, guiñando un ojo a Maxwell—. En marcha.

Se detuvieron de nuevo en el supermercado. Robin entró, volviendo con una capa, unas botas, unos pantalones y una cazadora de brillo. Se lo dio todo a Vania.

—Toma, para vestirte —dijo—. Estarás preciosa, ya verás.

Ella tomó las prendas, comenzando a vestirse sentada en un banco público, con total naturalidad. Maxwell se acercó a su amigo.

—Esperemos que hayas acertado con las tallas —murmuró.

—Oh, no hay cuidado —sonrió Robin—. No es la primera mujer a quien compro ropas sin tomarle las medidas más que a ojo...

—Debí suponerlo —Alan meneó la cabeza—. Siempre el mismo...

Momentos después, Vania estaba vestida. Alan se quedó pasmado. Y tuvo que dar la razón a su camarada. Las prendas se ajustaban a su cuerpo perfectamente, moldeándole las formas deliciosamente. Estaba tan cautivadora como desnuda. La capa cafa ampliamente desde sus hombros, haciendo reflejos tornasolados en derredor a su bella figura.

—Preciosa —aprobó Maxwell, impresionado—.

Ahora, vamos ya.

Los tres se encaminaron al cosmodromo, tan vacío aún como el resto de la Colonia. Entraron en la nave FK-50, ya vaciada de su carga. Se dirigieron a la parte posterior, junto a la cabina de cargamento, donde reposaba el minicrucero, una pequeña nave biplana, ligera y rápida, capaz de desplazarse con celeridad fuera de su nave-nodriza. Estaba diseñada para posibles maniobras de salvamento o para desplazamientos independientes del rumbo de la nave de carga. De forma afilada, de aguda proa, su capacidad era de dos plazas, pero poseía un tercer asiento atrás, de emergencia, donde acomodaron a su extraña invitada. Ella seguía canturreando, ajena a todo.

Disponía de un motor nuclear bastante potente para tan pequeña aeronave, pero el minicrucero no podía cubrir por sí mismo grandes distancias cósmicas, sin repostar cada poco tiempo de su nave-nodriza, la FK- 50. En cambio, para recorrer por el aire la superficie de un asteroide como Opal, resultaba el medio más idóneo

Pus*ti011 en marcha el motor. Se abrieron las compuertas laterales de la FK-50, saliendo despedido de su interior a toda velocidad. Alan lo dirigió rumbo Norte, en dirección a las minas de Opal.

Tras ellos, Vania dejó de cantar. Contemplaba fascinada el paisaje a sus pies, a través de las vidrieras sintéticas de la nave, en aquel vertiginoso desfile de formas que el minicrucero iba dejando atrás en su carrera.

Las estructuras plásticas de la Colonia Opal quedaron asimismo a sus espaldas, perdiéndose en las leves brumas parduzcas del satélite de Dracus. Arriba, sobre sus cabezas, la inmensa mole planetaria de ese cuerpo celeste de Alfa Centauro ocupaba casi todo el cielo visible.

—Sólo distan cinco o seis minutos de vuelo de la Colonia —señaló Alan en un mapa luminoso trazado por el ordenador de a bordo—. Estaremos allí en seguida. Ojalá tengamos suerte y la gente esté allí refugiada, por la razón que sea… No nos quedará ningún otro lugar de este asteroide donde explorar. Está el Lago Estigia pero no suele navegarlo nadie. Y en sus orillas hay pantanos donde la vida resulta imposible.

—Más allá están las tierras petrificadas de Boreal —comentó Ned, consultando la carta luminosa—. Rocas, rocas y más rocas con milenios de antigüedad. Fósiles petrificados de todas clases, en medio de campos de sal venenosa. Una delicia de mundo. ¿Para qué se les ocurriría venir hasta aquí?

—Es muy simple: riqueza mineral, Ned. La explotación de esas minas no sólo les basta para subsistir con buenos salarios, sino también para suministrar a la Confederación grandes riquezas energéticas.

—Yo sigo prefiriendo mi viejo mundo, con todos sus problemas —bostezó Robin—. En cuanto termine mi contrato con la SCAC, dentro de cinco años, me vuelvo allá, y que nadie me saque de mis ciudades contaminadas y de mis campos llenos de desperdicios.

Vale mil veces más que cualquier otro rincón del Universo.

—Además, podrás ver a tu Lavinia en vivo cuantas veces quieras —rió Maxwell.

—Exacto —asintió Ned. Luego dirigió una mirada atrás, a la desconocida viajera que llevaban consigo, absorta aún en la contemplación del paisaje que discurría a sus pies—. A propósito, ¿qué haremos con esta chica si... si no encontramos a nadie tampoco allí?

—No lo sé. Tienen que estar en alguna parte los que han desaparecido, Ned. No puede habérselos devorado este asteroide. Ni tampoco se pueden haber evaporado en el aire, imagino.

—Pues no sé, pero empiezo a pensarlo...

Siguieron el breve vuelo en silencio. Exactamente siete minutos más tarde, conforme al horario terrestre, vigente en los vuelos cósmicos incluso a distantes sistemas solares o galaxias, para unificación de medidas de tiempo y distancia, se posaba el *minicrucero* en una árida llanura de negras piedras lisas, de aspecto basáltico, casi circundada por una serie de altas rocas formando una cadena natural de montañas pétreas, horadadas en cien lugares por potentes máquinas excavadoras.

Esas máquinas, auténticos cíclopes de metal, permanecían quietas al pie de las galerías de las minas de Opal. Ricos minerales de gran poder energético habían sido extraídos ya de las entrañas del asteroide por los colonizadores. Y quedaba una reserva inmensa por extraer todavía.

Sin embargo, pese a ser hora de actividad laboral, no se veía trabajando a nadie. No se percibía un ruido, ni un golpe, ni el funcionamiento de máquina alguna. Tampoco se veía a nadie en todo lo que abarcaba la vista.

—Me lo temía —gimió Robin—. Esto también está *vacío*, Alan.

Maxwell no dijo nada. Con la frente surcada de arrugas, desenfundó su pistola de láser, empezando a caminar hacia las galerías mineras resueltamente. Tras un momento de duda, Ned le siguió, esgrimiendo en su diestra la pistola, mientras tiraba de Vania con su zurda.

—Vamos, preciosa —invitó—. Tu gente debe estar metida por ahí... supongo. Y ojalá Dios me oiga...

—No me gusta este lugar —respondió ella, mirando inquieta en derredor—. No me gusta. Es feo. Horrible. Me da miedo...

—Lo creo. No es precisamente el Paraíso, Vania. Pero tampoco lo es ya Colonia Opal, tal como está ahora... De todos modos, volveremos allí en seguida si no encontramos a nadie aquí, no te preocupes. Nosotros cuidamos de ti, no tienes que tener miedo alguno...

Dócilmente, aunque expresando todavía aquel extraño temor en su rostro, la desconocida a quien ellos llamaban Vania siguió, casi a viva fuerza en ocasiones, a Ned Robin, en pos de su comandante y amigo, en dirección a las bocas negras de las minas de Opal.

Cuando cruzaban la amplia llanura pedregosa, se

levantó súbitamente un aire seco, caliente, que removió el polvillo negruzco acumulado en el llano, formando una polvareda tenue pero oscura. Se escuchó, entre los riscos, el silbido agudo de las ráfagas ventosas, al penetrar por grietas u orificios de las rocas. Vania tuvo entonces una extraña reacción.

Comenzó a gritar, con expresión aterrorizada, dilatando mucho sus ojos. Robin casi tuvo que soltarla, ante los frenéticos tirones que comenzó a dar para desasirse.

—¡Eh, quieta! —voceó el viajero del espacio—. ¡Alan, ayúdame, esta muchacha parece que ha entrado en crisis!

Maxwell corrió a prestarle su apoyo para evitar que Vania escapase de su lado, despavorida por algo que, según pudieron ellos comprobar, no parecía tener forma alguna, puesto que nada ni nadie había en derredor, salvo aquel aire cálido que aullaba entre las rocas de Opal.

—Vamos, calma, muchacha, calma —trató de confortarla Alan, sujetando con firmeza a la aterrorizada joven—. ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que te asusta?

—El… el silbido… ese ruido… —gimió ella—. No, no… Me da miedo oírlo…

—¿El aire? ¿Por qué te asusta el viento, Vania? —se interesó Robin—. No hace daño a nadie.

—Es el silbido… —insistió ella—. Yo… yo lo oí antes… en alguna parte.. Y es… es la muerte… ¡Me alcanzará a mí también!

Ambos amigos se miraron con desconcierto,

mientras la sujetaban, logrando calmarla poco a poco, a juzgar por las apariencias. Aquel temor de la joven al viento parecía del todo irracional. Pero algo en sus palabras había interesado a Maxwell profundamente.

—De modo que algo recuerda… —dijo a su camarada—. Dice que ha oído antes en alguna parte ese silbido del viento… Y que es la muerte… Eso debe tener algún sentido…

—No sé. Esta chica parece desequilibrada a veces… —dudó Robin, escéptico.

—Tal vez. Pero sólo sabemos que está amnésica, no loca. Sus motivos tendrá para temer al viento, a su silbido en esas rocas. Sea lo que sea, casi ha estado a punto de recordarlo… Vania, ¿puedes acordarte del momento en que oíste silbar al viento como ahora?

—No… no… —musitó, temblorosa, mirando en torno—. No puedo… pero sé que lo he oído… y sé que sentí terror… como ahora…

—Bien, debes serenarte. No estás sola, Vania —dijo Maxwell—. Te protegemos nosotros de todo mal, de forma que no hay por qué tener miedo, ¿de acuerdo?

—Sí, sí… —les miraba alternativamente, con sus grandes ojos dilatados—. Confío en vosotros…

—Eso está mejor. Ahora vamos a ver si hay por aquí algún minero de Elipse…

Alcanzaron finalmente uno de los accesos a las instalaciones mineras. Una escalera horadada en la roca viva conducía a una serie de plataformas donde las vagonetas encargadas de conducir el mineral rodaban como orugas metálicas, sobre raíles, hasta los depósitos situados en diversos puntos. Sólo que ahora

esas vagonetas estaban quietas en las vías, sin nadie que las accionase. No se oía el menor ruido dentro de las galerías de explotación minera.

—¡Eh, vosotros! —voceó Maxwell, escudriñando aquellos agujeros perforados en la roca por las grandes excavadoras de los colonos—. ¡Quien quiera que esté ahí dentro, que me responda! ¡Somos de la tripulación de la nave proveedora! ¡Queremos saber lo que sucede! ¡No tienen nada que temer, somos amigos! ¡Vamos, salgan de ahí!

Su voz retumbó despertando ecos en el interior de las galerías e incluso en los muros rocosos, pero nadie contestó a sus demandas. Insistió hasta tres veces estérilmente, sin obtener respuesta alguna.

—Me temo que esto está tan vacío como la población —señaló Robin, ceñudo.

Maxwell asintió. Apretando con fuerza su pistola de láser, indicó brevemente:

—Quédate aquí cuidando de la chica, Ned. Voy a explorar esas galerías. Será sólo un momento. Si sucede algo raro, haré dos disparos de señal, ¿de acuerdo?

—Sí, Alan. Ten cuidado. No me gusta esto —susurró Robin.

—A mí tampoco —confesó secamente Maxwell, desapareciendo dentro de una de las negras bocas.

No hubo disparos de advertencia. Regresó de su exploración minutos más tarde, con una sacudida de cabeza y un encogimiento de hombros, desesperanzado.

—¡Nada! —murmuró abatido—. Esas galerías están

desiertas, Ned. Como todo.

—Me lo temía. ¿Qué ha sucedido aquí, Alan?

—Creo que la única persona que podría contestarnos a eso, no puede hacerlo porque lo olvidó —dirigió una mirada significativa a Vania—. Pero ha debido de ser algo terrible, sin lugar a dudas, capaz de sumir a esta muchacha en el terror y en la amnesia.

—¿Y qué hacemos ahora? —gruñó Robin, pensativo.

—Volver a la población, por supuesto —jadeó Alan —. No hacemos nada aquí. Tendremos que informar a alguien de lo que sucede: a la Confederación, a las Colonias más próximas... Y a ser posible, a las patrullas militares de Seguridad Cósmica, aunque me temo que la más cercana se halle bastante lejos de esta zona. Aquí nunca hubo problemas que requiriesen su presencia.

Ned asintió sombrío. Iniciaron el regreso al *minicrucero* posado en la llanura pedregosa.

De repente, algo sonó a sus espaldas. Fue como un roce, un deslizamiento sordo, apagado. Ambos se volvieron vivamente, esgrimiendo sus armas, alarmados.

Un doble grito de estupor escapó de sus gargantas. Accionaron los seguros de sus pistolas de láser, dispuestos a apretar el resorte de disparo.

Ante ellos, emergiendo de una de las bocas de las minas desiertas, surgía una horrible criatura. Un ser reptante, color amarillento, anillado, del tamaño de una boa gigantesca... sólo que se trataba de una oruga. Una enorme y espantosa oruga de babeante boca

rugosa y ojillos saltones y turbios.

Vania lanzó un ruidoso chillido de miedo y de terror irreprimibles.

Maxwell y Robin apoyaron el dedo índice sobre el botón de disparo de sus armas láser...

Entonces, súbita e inesperadamente brotó de alguna parte aquella voz:

—¡No disparéis, no! ¿Es que pretendéis cometer un asesinato a sangre fría?

3

Se quedaron helados, sin saber qué hacer, —Esa voz... —jadeó Robin, incrédulo. —Ha brotado de la boca de esa oruga gigante

—afirmó Maxwell roncamente. —No, no puede ser. Deliramos... Las orugas no hablan...

—Tampoco he visto ninguna tan grande como esa. Recuerdo unos gusanos verdes que vi en un asteroide de Capella. Eran como gatos. Pero eso es lo más grande que vi jamás en criaturas de esa especie.

—Tal vez la voz llegó de otro lugar... o imaginamos escucharla, simplemente. Hay que disparar sobre esa cosa, Alan...

—No, no os imaginasteis nada —respondió la misma voz claramente—. Sí, he sido yo quien habló. Y no necesitáis dispararme, no soy ningún enemigo. Ni vuestro, ni de nadie.

Perplejos, ambos cambiaron una mirada. Vania, caída en el suelo, sollozaba de pánico. Y esta vez no

podían culparla de ello. Aquella enorme oruga reluciente, de epidermis velluda y rugosa, levemente translúcida, era tan repugnante como gigantesca. Sin duda doblaba a cualquiera de ellos en longitud. Iba reptando hacia el lugar donde se hallaban. Pero aparte de eso, la verdad es que no se la veía agresiva ni amenazadora.

—No puedes hablar —protestó Robin—. Las orugas no tienen voz... ni inteligencia, supongo.

—No sé qué orugas conocéis vosotros. Yo soy de este mundo. Y aquí somos inteligentes, aunque asustadizas. Nos ocultamos de los humanos. Por eso nunca nadie nos vio. Vivimos en lo más profundo de estas cuevas, lejos de donde los humanos trabajan para extraer el mineral.

Al hablar, accionaba su babosa boca, modulando los sonidos con claridad, aunque su voz era un sonido gangoso, a veces forzado. Se detuvo a prudencial distancia de ellos, contemplándoles.

—De modo que nunca nadie os ha visto en Opal... —dijo Maxwell, tratando de serenarse.

—Así es. Habitamos más profundo y oscuro. La luz nos hace daño. Tal vez los humanos también nos lo harían. No saben nada de nosotros, ignoran que somos inofensivos por completo. Nos alimentamos de líquidos de las corrientes subterráneas profundas. Y de insectos de la oscuridad.

—Pero estás hablando en nuestra propia lengua...

—Hemos oído hablar a tantos humanos que nos resulta sencillo saber su lenguaje... Somos como ciertos animales de vuestro mundo que algunos de

ellos citaron... ¿cómo dicen que se llaman?... Ah, sí, loros, cuervos, todo eso... Podemos repetir sonidos, hacer frases, hablar,

—Es asombroso. Pero si todo eso es cierto, ¿por qué has salido a la luz, por qué nos hablas, si temes la claridad y temes al hombre? —le preguntó Robin desconfiado.

—Es muy simple: los humanos nos empiezan a ser necesarios. Sus desperdicios, sus... excrementos y todo eso, también nos sirven de alimento. Ahora llevamos varias jornadas sin nada. Desde que ellos se fueron.

—De modo... que se fueron —dijo Maxwell.

—No, me expresé mal —suspiró la extraña, feísima criatura—. Se los llevaron.

—¿Qué? —saltó Robin.

—¿Que se los llevaron? —repitió Alan—. ¿Quién se los llevó?

—Ellos —dijo la oruga parlante—. Los Titanes.

—Los... ¿qué?

- Los Titanes. Llegaron con sus naves. Se llevaron a todos.

—¿Quiénes son los Titanes? —quiso saber Robin.

—Una raza superior. Llegó de fuera, de otro espacio... —la oruga se irguió sobre sí misma, mirando al cielo, como si lo señalara con su horrible cabeza babeante—. Los habíamos visto a veces... antes de que los humanos llegaran a Opal Pasaban por aquí de largo. Se detenían poco tiempo. Y seguían viaje con sus naves.

—¿Cómo son esos Titanes?

—Humanoides también. Como vosotros. Pero

mucho más grandes, más altos... Casi el doble de cualquiera de vosotros. Se cubren de armaduras negras. Son criaturas acorazadas, con casco cerrado. Nunca vimos sus caras. Son violentos, poderosos, dominadores. Pero este mundo nunca les importó demasiado cuando sólo lo habitábamos criaturas como nosotros, Ha sido ahora cuando han vuelto... para llevarse consigo a los humanos, a vuestros hermanos de raza.

—Para llevarse... ¿a todos? —dudó Maxwell—. Eran miles de colonos...

—¿Y qué? —la oruga se removió toda ella en forma anillada—. Sus naves son enormes. Sobre todo la principal... Es como una gran ciudad flotante en el espacio... Allí se llevaron a todos los colonos. —Dios mío, eso tiene cierto sentido —admitió Robin, demudado—. ¿Sabes para qué se los llevaron?

—No. No lo dijeron. Ellos nunca hablan, no pronuncian palabra. Nosotros les llamamos los Titanes. Porque su nave gigantesca, la ciudad voladora... se llama Titania. Lleva su nombre escrito en grandes caracteres en su fuselaje exterior... en la lengua de ellos, supongo.

—Lengua que, aunque no has escuchado nunca, puesto que ellos no hablan, tú conoces lo suficiente como para traducirla a nuestro lenguaje —señaló Maxwell, perplejo.

—Poseemos cierta inteligencia. Sobre todo, para los lenguajes ajenos. No resultó difícil traducirlo.

—*Titania*... —repitió Alan—. ¿Se los llevaron a todos en esa nave?

—Sí, a todos... menos a esa mujer que os acompaña, por lo que veo.

—No hay señales de violencia ni de lucha, ni tan siquiera desorden en Elipse, la Colonia —señaló Robin—. ¿Cómo se pudieron llevar dócilmente, sin la más leve resistencia por su parte, a miles de personas, muchas de ellas forzudos mineros?

—Fue sencillo. Todos caminaban como autómatas. Parecían dominados por una fuerza superior. Los manejaron como a muñecos, a voluntad. Les vi caminar en hilera hacia la rampa de la gran nave, sin la menor resistencia, la mirada vacía, la expresión distante... Nadie resistía, nadie decía nada.

—De modo que fue eso... Secuestrados bajo una hipnosis o sugestión colectiva...— Maxwell miró a Vania—. Y por eso ella... deambulaba desnuda, sin memoria... ¡Debieron *borrar* la memoria a todos los que se llevaron consigo!

—Eso parece —corroboró Robin—. Y por alguna razón Vania se quedó atrás o se separó de los grupos, quedándose sola aquí... Cielos, Alan, si eso es cierto tenemos que escapar cuanto antes de este maldito asteroide...

—Es lo más prudente, por eso he salido a advertiros —asintió la oruga gigante—. Yo me vuelvo a mis profundidades en el suelo. Deseamos que vuelvan los humanos, porque nos son útiles sus residuos. Pero suponemos que eso está fuera de vuestro alcance...

—Supones bien —afirmó sombrío Alan—. De todos modos, vendrá gente aquí otra vez. Las patrullas de

Seguridad Cósmica invadirán todo este espacio en torno a Dracus, buscando a los secuestrados y tratando de aniquilar a esos Titanes. Gracias por tu información, amigo.

—Adiós —dijo la oruga—. Espero que volvamos a vernos alguna vez...

La extraña criatura reptó, hasta desaparecer por un orificio en las rocas. Los dos viajeros del espacio se miraron, perplejos, desorientados.

—¿Tú te crees esa historia? —vaciló Robin.

—No tenemos otra. Y, dentro de su aspecto insólito, parece verosímil. Al menos, explica muchas cosas, Ned.

—Eso es cierto. Dios mío, titanes de más de tres metros de estatura... Una nave como una ciudad... ¿Para qué pueden querer esos seres a los que han secuestrado? ¿De qué utilidad podría series toda esa gente?

—No lo sé, pero me temo que para nada bueno debieron venir a llevárselos consigo. Vamos, Ned, tenemos que regresar cuanto antes a la Colonia y volver al espacio exterior. Debemos informar de todo a Seguridad Cósmica y a la Confederación.

—Y salvar nuestros pellejos de ese peligro —añadió Robin. Miró a Vania, que seguía sollozando en tierra, asustada por la presencia de la oruga parlante—. ¡Pobre muchacha! Es comprensible que se halle como se halla... Ha debido pasar un horrible trance. Y menos mal que ha perdido la memoria... aunque ese viento, al silbar, la recordase algo, no sabemos qué...

Alcanzaron su pequeña nave biplaza, partiendo en

ella de regreso a la ciudad de la Colonia Elipse con toda la posible celeridad que les permitía el limitado sistema propulsor del *minicrucero* auxiliar. Algo les decía que el peligro no había desaparecido del todo, que el enemigo mencionado por la oruga parlante de las profundidades de Opal podía regresar en cualquier momento, haciéndoles también cautivos a ellos.

Una vez en la población desolada, se encaminaron con rapidez hacia su nave de transporte, situada en las pistas del cosmodromo, entre muchas otras naves regulares de navegación aparcadas allí regularmente. La pequeña nave auxiliar penetró en el cuerpo metálico | de su nodriza, ajustándose a su emplazamiento habitual

Los dos astronautas de la SCAC salieron del vehículo con su compañera hallada en Opal, para desconectar las grúas de descarga de mercancías, aún ajustadas a su nave, a la espera de recargar ésta con una mercancía que nadie iba a proporcionarles ahora | en aquel asteroide desierto.

Fue entonces cuando percibieron el silbido.

Se asemejaba enormemente a aquel que el viento producía entre los peñascales de las minas de Opal.

Ellos notaron eso de inmediato, pero en mucho mayor grado lo captó su bella compañera, que de inmediato tuvo una reacción similar a la que sufriera en los yacimientos de mineral.

Lanzó un grito de terror, soltándose de ellos, asustada, con la mirada extraviada, buscando en torno el origen de aquel ruido que la amedrentaba de tal modo. Rápido, Robin la sujetó de nuevo por un brazo,

evitando que escapara de ellos a todo correr.

Fue muy oportuna su acción, porque en ese momento vieron el origen del silbido, que esta vez no era producido por el viento, ni mucho menos.

Sobre sus cabezas, una enorme forma oscura flotaba en el espacio, descendiendo vertiginosa hacia la superficie del satélite de Dracus. Tenía el aspecto de una gigantesca araña negra metalizada, planeando sobre Opal malignamente. Al ir descendiendo con inusitada rapidez, que hacía pensar en medios de propulsión realmente poderosos, trazando una trayectoria en completa vertical, a semejanza de los remotos helicópteros terrestres, vieron que poseía numerosas ventanillas iluminadas en su fuselaje oscuro, anodizado y sin brillo.

Formó sobre sus cabezas una ingente sombra que nublaba la propia luz nebulosa del planeta Dracus. El terror de Vania ante la presencia de la siniestra nave negra, era tal que Robin tuvo que amordazarle fieramente con su mano para que no empezara a exhalar nuevos gritos de pánico ante la proximidad de aquel cuerpo espacial.

—Dios mío, es inmensa... —comentó Alan impresionado, mientras los tres se ocultaban rápidamente bajo el soporte de los reactores de su propia nave, esperando que aquel refugio les hurtase a la vista de los ocupantes del misterioso navío cósmico —. Y lleva unas extrañas letras en su fuselaje, mira...

—Parecen caracteres persas o escritura egipcia de tipo hierático... —señaló perplejo Robin—. Tal vez signifiquen *Titania*, Alan...

—Tal vez —admitió Maxwell sombrío—. Encaja con lo que nos contó aquella oruga... Si esos seres son titanes de tres metros de altura, esa puede ser la nave ideal para tales gigantes...

—Y han vuelto, Alan...

—Sí y eso me preocupa... —Dirigió una ojeada a Vania, que miraba con pavor infinito la forma flotante sobre ellos, mientras Robin mantenía su boca apretada con fuerte mano, mientras la otra aferraba su brazo impidiéndola salir a todo correr del precario refugio en que se hallaban—. Tal vez vinieron por algo que olvidaron aquí... Y ese «*algo*» sólo puede ser la chica, puesto que no queda nadie más en Opal...

—Dios no lo quiera —jadeó Ned, apretando los labios-—. No permitiré jamás que se la lleven esos... esos seres del demonio. Alan.

—No digas tonterías. Si la descubren, ni tú ni yo podremos gran cosa contra la gente capaz de tripular una nave como esa...

El gigantesco navío espacial se posó mansa, silenciosamente, sobre las grandes pistas del cosmodromo de Colonia Elipse. Sus poderosos motores —posiblemente accionados por motores de plasma fotoeléctrico o algo parecido—, rugieron levemente antes de enmudecer. Se hizo un silencio total en las pistas. Un silencio tenso, que parecía presagiar lo peor.

Los ojos de ambos amigos estaban fijos en la estructura de la nave, que ahora, más próxima, resultaba ser oval, aunque mantenía su semejanza con una araña colosal, a causa de sus extremidades, parecidas a patas de un gigantesco insecto, pero que

en realidad no parecían ser sino una especie de salientes tentáculos que, una vez posada la nave en suelo firme, se adherían a éste como ventosas, manteniendo el resto del vehículo a bastante distancia sobre el nivel del pavimento. Poco después, supieron por sí mismos las razones de todas esas características especiales de la estructura del vehículo negro.

Cada pata o tentáculo (poseía seis exactamente), apoyado en tierra firme, comenzó a irradiar una potente luz azul a todo lo largo de su cuerpo. Los haces de luz se concentraron en un punto central del vientre de la nave. Y comenzó a descender de éste una especie de rampa o escotilla inclinada, asimismo luminosa, por la que descendieron, flotando, diversas formas de aspecto humano.

Robin notó que el terror de Vania iba en aumento. Temblaba, pegada a él, su piel tenía el frío del hielo y sus ojos giraban en sus órbitas, como enloquecidos. Sintió las palpitaciones violentas de su pecho.

—Calma, Vania —susurró en un hilo de voz, pegado al suelo, bajo el fuselaje de la nave de aprovisionamiento—. Calma… No ocurrirá nada, tranquila…

Aquellos cuerpos que descendían flotando en la luz azul, sin necesidad de tocar suelo firme, eran realmente como los describiera la oruga inteligente: altísimos, poderosos, auténticos titanes de aspecto temible. Aparecían envueltos en indumentarias metalizadas aunque altamente flexibles a juzgar por sus movimientos, del mismo oscuro, tétrico color de su nave. Eran como armaduras medievales, pero

infinitamente más livianas, adaptadas a cuerpos sin duda musculosos, majestuosamente atléticos... y de unos tres metros largos de estatura. Cascos o yelmos negros, totalmente ajustados a sus cabezas, impedían ver sus rostros e incluso la propia estructura de sus cráneos, permitiendo solamente advertir a través de una rejilla sobre la faz el destello de unos ojos sagaces, centelleantes, que parecían escudriñarlo todo en derredor. -

No llevaban armas. Posiblemente ni las necesitaban, pensó Maxwell inquieto, viendo sus poderosas manos enguantadas en guanteletes negros de material de brillo metálico, aunque sumamente flexible.

Se posaron en el suelo del cosmodromo. Eran seis los extraños que descendieron de la nave negra. Les envolvía esa luz azulada que brotaba de las patas o soportes de su vehículo. Empezaron a moverse pausadamente, como inspeccionando la zona.

—Es obvio. Alan —jadeó Robin, tenso—. Andan buscando algo.

—O a alguien —asintió Maxwell, preocupado.

Ambos empuñaban sus pistolas láser, pero algo les decía que, llegado el caso, iba a ser como enfrentarse a aquellos seres con unos juguetes infantiles. Los gigantes de ropaje metálico parecían tener una fuerza capaz de repeler cualquier ataque convencional, incluso sin necesidad de armas.

Desgraciadamente para ellos, eso pronto se comprobó de forma práctica. Y todo por un levísimo descuido de Ned Robin, demasiado ensimismado en la

contemplación de aquellos inquietantes personajes, para darse cuenta de que Vania, a su lado, ante la presencia cada vez más cercana de los desconocidos, fuesen Titanes o no, había llegado al paroxismo de su terror.

Así, no resultó extraño que, de repente, se soltara de brazos de Robin con una sacudida desesperada, comenzando a gritar de forma estridente, mientras salía de debajo de la nave a todo correr.

Eso fue un auténtico desastre.

Apenas se encontró a descubierto, emitiendo gritos y tratando de huir despavorida de los astronautas acorazados, éstos se volvieron hacia ella al unísono. No empuñaron arma de ninguna clase. Pero Maxwell captó tras la rejilla de sus rostros un destello rojo, a la altura de su frente, emitiendo un rápido guiño, un parpadeo frenético.

Fue suficiente. De la nave brotó un chorro de luz. Esta vez no era azul, sino de un rojo carmesí, fulgurante, como las propias llamas del infierno. Alcanzaron a Vania en plena carrera.

Ella se paró en seco, alzó sus brazos al aire, agitándolos excitadamente. Sus gritos se hicieron alaridos, como si sintiera un profundo dolor. Su cuerpo todo temblaba de pies a cabeza, presa de sacudidas espasmódicas.

El desastre se consumó todavía más. Ned Robin, exasperado, furioso ante lo que sufría evidentemente la muchacha, reaccionó de forma tan instintiva como poco sensata.

—¡Noooo, malditos! —chilló rabiosamente,

saltando fuera de su escondrijo, arma en mano—. ¡Dejad a la chica, salvajes ! ¡Atacadme a mí si sois capaces, sucios bastardos!

—¡Oh! No, Robin, no… —gimió Alan, angustiado —. Eso no, amigo mío…

Tentado estuvo de salir también en pos de su camarada y de Vania. Pero comprendió que todo era inútil. Lo comprendió en el instante siguiente, cuando Robin empezó a disparar su rayo láser contra los acorazados.

La pistola vomitó un delgado hilo fluorescente, sibilante, que se estrelló con miríadas de chispas sobre las armaduras negras de los guerreros espaciales. No provocó en ellos ni un leve orificio, pese a que Alan advirtió que Robin usaba el nivel mortífero en sus disparos.

El chorro de luz roja se amplió, abarcando esta vez también a Robin, cuyo cuerpo fue envuelto por su resplandor lo mismo que el de Vania. El resultado fue similar. Sólo que su arma de cargas láser se fulminó entre sus dedos, derritiéndose como si fuese de cera.

Sacudido por aquellos violentos espasmos, Ned aparecía impotente, vencido por sus enemigos. Maxwell, tan impotente como él, no sabía qué hacer, aunque su mente, fría y racional, le dijo que lo mejor era quedarse allí, permanecer oculto, puesto que salir a atacar ciegamente como hiciera Ned, era una locura que no conducía a nada.

Angustiado, con mirada vidriosa, Maxwell contempló la tortura de ambos compañeros, hasta que tan súbitamente como se encendiera, la luz roja se

extinguió. Con ello, cesaron las sacudidas de Robin y de Vania, pero no por ello volvieron a la normalidad. Ni tan siquiera cayeron al suelo. Se quedaron quietos, en pie, rígidos, como estatuas. Petrificados por aquella misteriosa fuerza luminosa que hiciera presa en ellos poco antes.

Los seis extraños, agrupados junto a su nave, se limitaban a contemplarles impasibles. Luego, tres de ellos comenzaron a revisar la zona. Alan Maxwell apretó con rabia su pistola de rayos láser. Aunque sabía que era inútil, puso el graduador a tope. Si disparaba, sería para desintegrar cuerpos sólidos. Pero aun así, no estaba nada seguro de que el arma cumpliese su objetivo.

Pasaron cerca de él. Tan cerca, que tuvo que contener el aliento, para evitar que pudiese llegar a oídos de ellos tan leve sonido. Pegado virtualmente al fuselaje de la nave carguera, afortunadamente tan parecido su uniforme en color al metal de la nave de aprovisionamiento, esperó lo inevitable.

Pero lo inevitable no llegó a producirse. No le descubrieron. Se alejaron, para terminar de examinar la pista, sin encontrar a ningún otro ser humano. Se reunieron con los otros tres. Pareció haber entre ellos un intercambio de criterios o de información, aunque Alan no oyó voz alguna. Luego, se volvieron hacia los petrificados Vania y Robin. La luz azul de uno de los soportes de su nave se proyectó hacia ellos.

Estupefacto, Alan vio flotar los dos cuerpos de sus amigos en aquella luz, moviéndose hacia la nave como si algo les atrajese, igual que si fuesen partículas de

metal absorbidas por un potente imán.

Parecían volar sin alas, majestuosamente. Pero sus rostros no reflejaban sorpresa ni ninguna emoción. Eran máscaras inexpresivas. Maxwell recordó unas frases de la oruga:

—«Todos caminaban como autómatas… Parecían dominados por una fuerza superior… Les vi caminar sin la menor resistencia, la mirada vacía…»

Así se movían ahora los dos. Sólo que en vez de caminar *volaban*…

Penetraron en la nave por la escotilla situada en el vientre. Después, los seis Titanes, silenciosamente, siguieron tras ellos. La luz azul se apagó lentamente en cada uno de sus seis soportes. La escotilla se ajustó.

Rugieron los potentes sistemas de propulsión de la nave. Esta despegó, iniciando su vuelo. Alan Maxwell no pudo hacer nada. Sólo ser testigo de cómo se llevaban aquellos seres tanto a la infortunada Vania como al imprudente Ned Robin, nueva víctima de los secuestradores llegados del cielo.

La ataña negra metálica se perdió en las alturas, hasta que las brumas de Dracus la ocultaron por completo a la vista. Un desolado silencio se extendió sobre la colonia terrestre de Opal.

Maxwell, abatido, dejó caer su arma. Sentía ganas de llorar, pero se contuvo. Miró en derredor, sintiéndose más solo, más vacío que nunca.

—Ned… mi buen amigo, camarada del alma… —susurró con voz convulsa—. Dios mío, Dios mío, no pude hacer nada, absolutamente nada… ¡No pude hacer nada por evitarlo!

Sabía que, de haberlo intentado, ahora formaría parte de la expedición de aquella nave, como un cautivo más. Su destino sería el mismo que el de sus amigos, su suerte idéntica. Y sin posibilidad alguna de reacción, de lucha o de rebeldía. Se había dado perfecta cuenta de que, bajo el extraño poder de los Titanes, aquello era prácticamente imposible. Convertían a los humanos en simples marionetas, en seres desprovistos de toda voluntad, presa de una rara fuerza hipnótica.

Sin embargo, también sabía que le era completamente imposible luchar contra ellos o intentar rescatar a sus compañeros. Estaba solo. Solo en Opal, enfrentado a un poder de infinitas dimensiones, llegado de algún remoto rincón de aquella Galaxia. Una raza superior, según dijera la oruga. Una raza que, sin duda, vivía hacía muchos siglos, tal vez incluso milenios, en algún lugar de Alfa Centauro al que nunca le sería dado llegar.

—Y aunque llegase, ¿qué podría hacer frente a esos gigantes? —se lamentó Maxwell desolado—. ¿Cuáles serían mis posibilidades, enfrentado a una raza de guerreros poderosos que ni siquiera necesitan armas para luchar?

Se sintió hundido, roto, tremendamente maltrecho y acabado, Y derrotado también. Fatalmente derrotado por los que se habían llevado a su mejor amigo y a una muchacha indefensa, tal vez para sufrir el más atroz de los destinos…

4

Terminó de transmitir sus mensajes.

Ahora, tanto la SCAC como la Confederación sabían de lo sucedido. Pero ambas entidades le habían manifestado crudamente su imposibilidad de resolver el problema. Serían enviadas flotillas de emergencia de Seguridad Espacial a la zona de Alfa Centauro, donde habían tenido lugar los hechos, pero eso era todo lo que se podía hacer.

Nadie tenía referencia alguna sobre los supuestos Titanes o sobre un planeta, asteroide o cuerpo celeste que pudiese alojarlos. El nombre de *Titania* no figuraba en ordenador alguno de la Confederación, ni tan siquiera de los órganos de control cósmico de los diversos estamentos colonizadores del espacio.

Se daba oficialmente por desaparecido al piloto comercial de transporte Ned Robin, y eso era todo. Se le ordenó a Alan Maxwell el inmediato regreso a su base, para ocuparse de otro viaje de aprovisionamiento, esta vez al asteroide Nemrod, de Altair. Era un modo discreto de apartarle de aquellas regiones para que no pensara más en Ned Robin y se olvidara de intentar siquiera buscarle.

Maxwell sabía que no podía objetar nada3 o sería despedido de su trabajo por indisciplina. De modo que dio su respuesta afirmativa al encargo, dominando su ira lo mejor que pudo.

El final del mensaje de la SCAC fue concreto:

«Incorpórese de inmediato a las unidades de aprovisionamiento de Base Omega, en Altair. Deberá estar allí como máximo dentro de un mes terrestre.»

Eso significaba que debía partir sin pérdida de tiempo. Había casi un mes del tiempo terrestre en cubrir la enorme distancia entre Alfa Centauro y Altair, incluso con los sistemas de propulsión a tope. La gente ejecutiva de SCAC sabía lo que se hacía. Le quitaban toda posibilidad de seguir allí un día más.

—Malditos ejecutivos... —masculló entre dientes —. Se creen los amos de todo, incluso de las vidas de sus subordinados... Esto comenzó en tiempos de las multinacionales. Y ha empeorado en la época de las multiespaciales...

Contemplaba con mirada de odio la pantalla del ordenador y el teclado que le mantenían en contacto con los lejanos centros de la Compañía. Por un momento, sintió deseos de golpear todo aquello hasta destruirlo y reducirlo a chisporreantes restos de metal y de plástico.

Se contuvo a tiempo. Hacer una locura así sería como aislarse definitivamente del resto del universo, solo en aquel asteroide vacío, hasta que llegasen las escuadrillas de la Seguridad Espacial.

—De todos modos, tengo ganas de tomar un trago fuera de este cubículo —dijo, rabioso.

Abandonó su nave, adentrándose de nuevo en la Colonia' que recorriera antes en compañía de Ned. Se metió en la cantina, sirviéndose un vaso repleto de licor. Lo apuró de un trago, sirviéndose otro. Y otro. Y otro...

Medio borracho, puso en funcionamiento un video musical de la cantina. Las evoluciones de una chica de grandes pechos y exuberantes caderas al ritmo de una

melodía de moda, le recordaron que ni siquiera había tenido desahogo sexual en mucho tiempo, y que ahora los burdeles locales estarían tan vacíos como el resto de la Colonia.

Aun así, se fue a uno de ellos. No encontró a ninguna mujer de carne y hueso, pero pudo desahogarse en el Departamento de muñecas-robot de placer sexual, a cambio de unas pocas monedas en el sistema de activación de las autómatas del amor. Eran de plástico, con circuitos dentro, pero decían al menos frases cariñosas y acariciaban o hacían juegos eróticos con igual eficacia que una profesional.

La noche en Opal era corta, pero intensamente oscura. Le sorprendió en la cantina, bebiendo de nuevo. Cuando apuró otro trago, se desplomó del asiento, quedándose dormido en el pavimento, totalmente ebrio.

Tuvo un despertar como el de cualquier persona que ha cogido una buena borrachera. La resaca, unida a sus atormentados pensamientos, no le hizo ningún bien. Se sintió mejor después de tomarse una bebida tonificante espumosa que le hizo vomitar y alivió en parte su dolor de cabeza, aunque no la sequedad de su boca, áspera como la lija.

—Maldita sea, tengo que hacer algo —-se dijo caminando por la población desierta, en el amanecer turbio y triste de Opal. Dirigió una mirada de odio a la enorme mole gaseosa del planeta Dracus, suspendido en el cielo, trazando su circunferencia de vapores en casi medio espacio visible del asteroide—. Este horrible lugar me exaspera..., pero no puedo irme de

él. ¡No puedo! Ned está aquí, en alguna parte, con esa chica… Y también están varios miles de semejantes míos, de hermanos de raza, sometidos sólo Dios sabe a qué tormento o a qué clase de fin… ¡Tengo que llegar hasta ellos, tengo que enfrentarme como sea a esos bastardos oxidados!

Pero sabía que era hablar por hablar. Solo, insignificante, sin medios… ¿qué podía hacer un hombre contra los Titanes llegados de otro mundo que ni siquiera sabía dónde podía estar?

Deambuló por las calles desiertas durante un largo rato, intentando refrescar su aturdida mente. Comió algo en una máquina de alimentación automática, a cambio de unas monedas introducidas en la ranura. Todo lo que funcionaba en aquella maldita ciudad, se dijo, era a cambio de unas monedas en un mecanismo.

Se encaminó finalmente al cosmodromo. No podía hacer otra cosa. Fatalmente, tenía que volver a su trabajo. Y esta vez era lejos, muy lejos de Opal, de Dracus, de Alfa Centauro. Volvió a recordar a las madres de los ejecutivos de un modo nada afectuoso.

—Hijos de puta… -—murmuró escupiendo al suelo —. A todos vosotros quisiera veros en este trance… ¡Qué cómodo es dar órdenes en una confortable oficina, lejos de los auténticos problemas!

No se sintió mejor por eso, pero era todo lo que podía hacer. Subió a la nave proveedora, para poner en funcionamiento los sistemas de propulsión y abandonar para siempre la superficie de Opal.

Activó los propulsores mediante los botones del ordenador de a bordo. Empezaron a zumbar con un

rumor profundo, sibilante, bajo sus pies. Alargó una mano para accionar simultáneamente el banco de datos de vuelo. Ahora tendría que hacerlo todo por sí mismo en aquel viaje, faltándole Ned a su lado.

Conectó los sistemas de radiotransmisión, mientras accionaba los mandos y se aseguraba las correas de seguridad. Luego, decididamente, pulsó el botón rojo de marcha.

La nave despegó del cosmodromo de Elipse con un potente zumbido, elevándose pronto en el cielo verdoso, sobre la Colonia desolada, vacía, silenciosa. Sobrevoló sus asépticos edificios geométricos, sus calles rectilíneas, sus plazas de artificiosos jardines,

—Adiós, amigos —dijo roncamente, tragando saliva por la emoción—. Adiós, Vania… Adiós, Ned Robin, viejo camarada… Esta es la despedida final. Nunca volveremos a vernos en esta vida…

Pestañeó para no llorar. Fijó sus ojos en la pantalla de control, mientras aplicaba el sistema de vuelo automático que hacía depender ahora el viaje de la nave FK-50 de sus sistemas cibernéticos. La computadora haría todo el trabajo en lo sucesivo, apenas fijase en el mapa luminoso las coordenadas precisas para viajar hacia Base Omega, en Altair,

Comenzó a fijarlas, recurriendo a los datos almacenados en la memoria electrónica respecto a las ratas espaciales comerciales. Pero se detuvo bruscamente, cuando la pantalla auxiliar de comunicación parpadeó, al tiempo que surgían unas letras en el visor:

LLAMADA DE EMERGENCIA, LLAMADA DE EMERGENCIA

Era una señal débil, lo cual quería decir que el origen de aquella llamada a través de las ondas de la radio cósmica era distante. Pero logró centrar bastante bien la sintonía, hasta lograr que las letras no parpadeasen y se tornasen más nítidas. El mensaje, evidentemente, no era sonoro, sino grabado en la banda gráfica de algún radio-ordenador de gran potencia:

LLAMADA DE EMERGENCIA, LLAMADA DE EMERGENCIA... —prosiguió apareciendo en pantalla. Y luego, se empezó a grabar el mensaje en teletexto de lenguaje internacional, conforme a los códigos espaciales, que hacían las traducciones simultáneas a cualquier lengua conocida en el Cosmos civilizado—. «Aquí Zona Delta-93, Sector AW-XII, banda galáctica Alfa Centauro Sudoeste... Aquí Estación Espacial Robotécnica Atlantis-6, emitiendo por frecuencia halográfica Intelcosmos... Llamada de la máxima emergencia... Comandante-profesor Gorwaz, a cargo de la Estación... Preciso máxima atención inmediata... Estado grave... Situación desesperada... Información prioritaria de alto secreto militar y científico... Aquí Estación Espacial Robotécnica Atlantis- 6, repito... Preciso máxima atención... Atacado por Titanes... Repito...»

—¡Titanes! —gritó roncamente Alan. Con dedos febriles, tecleó vertiginosamente en ordenador, buscando las coordenadas de la Zona Delta-93, Sector

AW-XÍI, banda galáctica Alfa Centauro Sudoeste, para localizar el origen exacto del punto de emisión de aquel SOS espacial, tras bloquear todas las actividades de a bordo, salvo el sistema de vuelo.

La pantalla luminosa del mapa espacial le empezó a mostrar un punto rojo que destellaba, en una zona concreta de Alfa Centauro. Pulsó otra tecla para situar en aquel mapa su propia posición. Un punto azul, parpadeante también, marcó su emplazamiento, bastante próximo a la Estación Atlantis-6.

—¡No está lejos de aquí! —murmuró—. Si me dirijo allí a toda la velocidad posible, estaré en breve plazo en esa Estación, posiblemente mucho antes de que lleguen incluso las Patrullas de Seguridad...

No dudó. Maniobró, cambiando el rumbo diametralmente. Enfiló hacia el parpadeo rojo en el mapa, fijando las coordenadas, que fueron de inmediato transmitidas a la computadora de vuelo.

La FK-50 maniobró automáticamente en el espacio, virando su rumbo. Y partió como una centella hacia el lugar fijado, utilizando a tope sus sistemas de propulsión, incluso los reactores de reserva.

Sabía que estaba haciendo algo imperdonable. Desobedecía las órdenes de los todopoderosos ejecutivos de la SCAC. Eso significaba el despido inmediato, tras un expediente por desobediencia. Pero le tenía sin cuidado lo que ocurriese. El hombre que transmitía el mensaje de emergencia desde Atlantis-6 había mencionado a los Titanes. Y eso bastaba para él.

—Tal vez sea la Providencia o el destino... —murmuraba febrilmente, inclinado sobre los mandos,

aunque no podía ejercer ahora ningún control manual sobre ellos, puesto que actuaban bajo mando total del ordenador de a bordo—. Pero tengo que averiguar qué sucedió en esa Estación… y qué es lo que sabe ese tal Comandante-profesor Gorwaz sobre ellos, que constituye secreto militar y científico…

El vuelo era vertiginoso, aunque no lo pareciera en la magnitud del propio espacio. La nave alcanzaba velocidades inauditas, puesto que iba sin lastre y sometida al empuje de todos sus sistemas de propulsión posibles.

Aun así, le pareció una eternidad el tiempo que tardó en descubrir ante sí, flotando en el inmenso vacío estelar, en la franja sudoeste de Alfa Centauro, la forma inmóvil, circular, casi como un enorme plato o disco, rodeada de luces parpadeantes.

Era Atlantis-6, una de las numerosas Estaciones Espaciales Robotécnicas establecidas en el espacio por diversos países e incluso por civilizaciones ajenas a la propia Tierra, desde los tiempos de los acuerdos de cooperación cósmica firmados en Base Marte en el 2115.

La estación parecía hallarse en buen estado, pese a las llamadas de socorro recibidas. Pero sólo lo parecía. Cuando se pudo aproximar algo más, descubrió que la parte baja del gran disco metálico estaba desgarrada, abrasada, colgando hierros retorcidos y planchas de plastiacero como derretidas por una gran fuente de calor.

Acopló la nave proveedora a los soportes magnéticos de la Estación, donde se ajustó su

vehículo. Por el camino, Alan se había provisto ya de su indumentaria espacial presurizada y aislante, con la que salió de la nave, sujeto a ésta por el cordón de seguridad, hasta penetrar por una de las escotillas de la Estación, que se abrió automáticamente al llegar él.

Se adentró en la Estación. Normalmente, como su nombre indicaba, eran robóticas, es decir, accionadas por una tripulación en su mayoría de robots que hacían todos los trabajos de a bordo, bajo la supervisión y control de no más de tres o cuatro ocupantes.

Los tripulantes de la Atlantis-6 no eran humanos terrestres, pronto lo comprobó. Descubrió dos cadáveres en la sala de controles, abatidos sobre los mismos. Eran miembros de la raza Tzaar, del planeta Zodiac, en el Sistema Solar de Zeus, cercano a la constelación de Hércules. Humanoides de piel escamosa, rostro entre hombre y reptil, respiración anfibia y una notable inteligencia para cuestiones técnicas o científicas. Una raza absolutamente pacífica, que había pactado una duradera amistad con los terrestres desde el 2109. Sus manos membranosas reposaban sobre los mandos, como si hubieran pretendido hacer algo antes de ser abatidos. Sus cuerpos aparecían destrozados, sobre todo en pecho y abdomen, por algo abrasador que había desgarrado y reventado sus organismos brutalmente.

Otro yacía en el corredor, sobre un reguero de su sangre color amarillo rojiza, empuñando un fusil láser, que, sin duda, no llegó a servirle de nada. Maxwell, pistola en mano, avanzó por aquel pasillo metálico,

cuya temperatura según los termostatos era en estos momentos de unos ciento ochenta grados bajo cero. Los Tzaar solían vivir en clima cálido, de modo que los atacantes debieron averiar el sistema de calefacción de a bordo. También el nivel de aire respirable era nulo.

Finalmente alcanzó una puerta herméticamente cerrada, con una vidriera circular. Asomó a ésta, cauto. Y descubrió al único ser vivo de la estación espacial: estaba sentado ante el ordenador de transmisiones, pulsando las teclas con lentitud, la mirada fija en la pantalla. Su mano membranosa se movía con dificultad, empapada en sangre amarillenta. Alan observó que su pecho también sangraba, con el uniforme quemado y desgarrado. Tenía emblemas de comandante del Cuerpo Interespacial Científico.

—Debe ser Gorwaz, el autor del mensaje -—musitó Alan—. Y está repitiéndolo constantemente, aunque ya le queda poca vida...

Advirtió que había una razón para cerrar herméticamente aquella puerta. Dentro, aún había aire caliente. Y respirable. Golpeó con su mano enguantada la mirilla. El Tzaar se volvió de inmediato hacia él, jadeante, sus ojos de pez casi desorbitados, sujetando en su zurda, vacilante, un fusil de láser.

A través de la vidriera, Alan mostró su credencial de la SCAC, esperando que le sirviera de algo. Evidentemente, lo que el comandante-profesor Gorwaz esperaba era ayuda militar o científica, no de un simple proveedor de víveres, pero dado su estado desesperado, era posible que aceptase cualquier ayuda humana que no fuese de los Titanes.

Así fue. Corrió a la puerta. Deslizó un cerrojo, sujetándose el dañado pecho. Le hizo por señas avisos de que cerrase de inmediato al entrar. Alan asintió. Penetró en la cámara de transmisiones, cerrando de inmediato tras de sí. El hombre escamoso vaciló ante él, intentando volver a su puesto. No pudo. Cayó de rodillas con un quejido.

—Al fin... —balbuceó—. Sólo he recibido dos respuestas... Pero una es tan lejana que no vale la pena esperar... Me muero, amigo... Creo que se da cuenta de ello...

Era un hombre culto. Hablaba la lengua de Alan perfectamente. Y también era realista. Maxwell no se atrevió a consolarle siquiera. Sabía que era inútil.

—Comandante, debo advertirle que no soy militar ni científico —habló Alan—. Pertenezco a una empresa proveedora de...

—Es igual quien sea. Es un humano, eso me basta... —susurró el moribundo, aferrando su brazo con su mano escamosa—. Dios le ha traído aquí a tiempo... Necesito decirle lo que sé... antes de morir... Es necesario que alguien... informe a los demás de lo que sucede...

—Lo haré, se lo prometo —dijo solemne Maxwell —. Lo que usted me diga, será transmitido a quien me pida, tiene mi palabra.

—Gracias, amigo... Los Titanes nos atacaron. Pensaban que éramos humanoides de la Tierra o algo parecido... Luego, al descubrir nuestra especie, nos asesinaron sin piedad, tras penetrar aquí gracias a sus armas caloríficas...

—Sé quiénes son los Titanes. Gigantes cubiertos de armaduras metalizadas…

—Así es… No tienen piedad de nada. Destruyen todo lo que no les es útil…

—¿Qué sabe usted de ellos?

—Poco… Muy poco… Pero más que ningún otro. Me he dedicado a estudiar su planeta a distancia, sin que ellos lo advirtieran. Tal vez por eso me atacaron. Debieron interceptar alguna de mis conexiones…

—Usted…, usted, comandante, ¿*sabe cuál es su planeta*? —preguntó Alan, trémulo de emoción.

—Por… supuesto… —el moribundo se debilitaba cada vez más—. Es…, es Titania, un enorme asteroide que gira en torno a un planeta gigantesco, aquí mismo, en esta zona de Alfa Centauro… El planeta se llama Colosus… y es más de veinte veces mayor que Júpiter… El asteroide Titania es diez o quince veces el planeta Tierra… Lo pueblan los Titanes desde hace siglos, milenios… Son una raza superior, gigantesca… Llegaron a alcanzar los tres metros y medio de estatura. De eso hace ya tiempo… Además, allá sobre el siglo xxiii, lograron la inmortalidad…

—¿*Qué*? —balbuceó Alan, atónito.

—La… inmortalidad, sí… son… *son eternos*… Viven siempre, ¿entiende…? Fue gracias a una mutación de sus genes lograda en laboratorio… son inteligentes, crueles, peligrosos… No se detienen ante nada si es en su beneficio… Pero ahora… ahora he descubierto que su inmortalidad peligra… que la raza está degenerando rápidamente…

—No lo parece, a juzgar por su estatura y su vigor

físico...

—Tonterías... Eso que usted menciona, si es que ha visto alguna vez a... a los Titanes... es todo... *todo mentira*.

—Temo no entenderle, profesor Gorwaz...

—Esos que usted vio, los guerreros metalizados... no *so*n Titanes. Son simples robots, soldados autómatas... que ellos controlan desde el interior de su nave... No he logrado ver cómo son ahora... pero ya no son los hercúleos, gigantescos titanes que fueron... Creo que ni siquiera son inmortales ni están luchando desesperadamente porque todo siga igual...

—¿Ese es el gran secreto militar y científico que debía transmitir? —preguntó Maxwell.

—Sí... sí, pero queda algo más... —se extinguía fatalmente su vida. Notó que la membranosa mano del Tzaar le aferraba con más fuerza el brazo, en un esfuerzo desesperado por acabar su relato—. Lo más terrible es que... es que creo... creo, según mis investigaciones, que han logrado... encontrar el medio de volver a ser lo que eran, de recuperar su inmortalidad... y su fuerza... -¿Y...?

—Ese es el gran peligro. Para todos ustedes... para *todo* el género humano... —balbuceó el moribundo—. Porque sospecho que ellos..., ellos necesitan seres humanos para revitalizarse, para recuperar la vida eterna... *Seres humanos* para sus laboratorios, donde convierten a las personas en... en...

—¿En qué las convierten? —aulló Maxwell, horrorizado—. ¡Siga, siga, profesor, por el amor de Dios!

Pero comprobó que todo era inútil. Absolutamente todo. El comandante-profesor Gorwaz, de la raza de los Tzaar, ya nunca le respondería a ninguna pregunta. Acababa de morir.

Desolado, depositó mansamente su cadáver escamoso en el suelo, contemplándole con infinito pesar. Bajó sus redondos, grandes párpados, sobre los ojos de anfibio. Meneó la cabeza, abatido.

—Descansa en paz, amigo —-musitó—. Y gracias per esa información..., aunque no me sirve para nada. Dios mío, ¿qué horrible suerte espera a mis amigos, a todos esos seres humanos capturados? Mataron a estos desdichados porque no les eran útiles..., pero se llevaron a todos los humanos para sus laboratorios... Dios, ¿qué pretenden hacer con ellos?

Miró en derredor. El último ocupante de la Estación Espacial Atlantic-6 había dejado de existir. Estaba solo en aquel cuerpo celeste reducido a la nada. Caminó hacia el ordenador de Gorwaz. Era semejante a los convencionales de su planeta. Pero este ordenador debía de tener información almacenada por Gorwaz. Pulsó las teclas, marcando la palabra «Titania». Y esperó.

No tuvo que aguardar mucho. La pantalla le transmitió en lenguaje internacional todos los datos que le mencionara el profesor antes de morir, salvo ninguna alusión a los laboratorios o a la suerte que correrían en ellos los cautivos humanos. Ese punto trascendental quedaba, por tanto, en el mayor misterio aún.

Pero luego, apareció un mapa celeste luminoso,

con el emplazamiento exacto del asteroide Titania, marcado por un punto rojo destellando. Alan lanzó una imprecación, tomando nota de aquel emplazamiento y sus coordenadas conforme a códigos internacionales cósmicos.

Regresó de inmediato a su nave, puesto que nada podía hacer ya en los restos de la estación, invadida paulatinamente por el frío y el vacío del universo. Partió a toda prisa.

Y enfiló el rumbo de su nave con expresión sombría, decidida. Fijó las coordenadas que anotara del ordenador del comandante-profesor Gorwaz.

—¡Ahora..., rumbo a Titania! —dijo sordamente, encajando las mandíbulas.

5

Era una locura. Una completa locura.

Pero estaba sobrevolando Titania. Tal vez era el primer humano en la historia que se atrevía a tanto. Y no se arrepentía de su acción suicida lo más mínimo.

Los sensores de a bordo le indicaban claramente que estaba sobre su objetivo. Una densa bruma rojiza envolvía el gran asteroide en un velo espeso. Alan accionó los sistemas de visión infrarroja, logrando perforar aquella niebla. Vislumbró los contornos de una fabulosa ciudad circular, asentada sobre una enorme columna aparentemente metálica, lo que confería a aquella urbe el aspecto de un hongo ciclópeo. Alrededor de esa metrópoli extraña, cuya circunferencia tendría al menos según sus cálculos un

diámetro de siete u ocho millas, se veían ruinas dispersas acá y allá, como de algunas otras viejas ciudades asentadas normalmente en tierra, pero de las que sólo quedaban vestidlos ruinosos.—Tal vez los Titanes evolucionaron en todo al experimentar la mutación que les hizo inmortales —se dijo Maxwell—. Y cambiaron sus viejas poblaciones por esa nueva metrópoli enorme, montada sobre un cilindro que, posiblemente, sea conducto de sus sistemas energéticos.

Inesperadamente, su nave se tambaleó, empezando a crujir ominosamente. Alan dirigió una mirada a la pantalla del ordenador. Se había teñido de luz roja, con una indicación apremiante:

> ¡ALERTA MAXIMA! PELIGRO DE DESINTEGRACION ATAQUE CON RAYOS ENERGETICOS DESTRUCTORES. EVACUACION INMEDIATA.

Maxwell lanzó una imprecación. Debía habérselo imaginado. Los sistemas de seguridad y defensa de los Titanes funcionaban al ser detectada su nave. Y ésta, por ser comercial, carecía de todo sistema defensivo, como las pantallas aislantes o de rechazo que podían extender en un momento dado las naves militares y de guerra.

Su vehículo espacial oscilaba cada vez con más fuerza. Los mandos no respondían, algunos circuitos comenzaron a chisporrotear y las luces parpadearon violentamente. Se sintió envuelto en una especie de

haz luminoso cárdeno, que venía de la gran ciudad a sus pies, más allá del velo de nubes que envolvía Titania.

—Si utilizo el minicrucero para evacuar la nave, también me detectarán de inmediato. Debo usar el sistema de salvamento de emergencia, el puramente personal. Tal vez con un poco de suerte, no logren detectarme sus sistemas de seguridad...

Corrió a la cabina inmediata, entre chispazos, apagones y sacudidas de la nave. El tiempo apremiaba. De un momento a otro, sabía que sería fulminado. Extrajo un chaleco que acopló sobre su indumentaria a presión aislante, aseguró bien su escafandra y se lanzó por el tubo proyector hacia el exterior.

El angosto túnel le lanzó al vacío, disparado. Apenas tocó el negro espacio exterior, el chaleco se hinchó súbitamente, formando en torno suyo una especie de salvavidas flotante que, como los utilizados en el mar, frenaba su descenso en el vacío, permitiéndole una bajada lenta, suave, a través de las densas nubes de la atmósfera titánica.

Sobre su cabeza se produjo un vivísimo resplandor, un centelleo violento... y la FK-50 de la SCAC dejó de existir, fulminada por aquella luz cárdena que, de inmediato, se extinguió, una vez cumplida su misión destructora.

—Adiós, vieja amiga —pensó Alan, descendiendo pausadamente en el vacío—. Fuiste una buena compañera de viajes durante estos años... Lamento tu final, pero no lo pude evitar... y veremos si evito el mío propio.

Parecía, de momento, que iba logrando su objetivo. Atravesó la masa nubosa flotando como un ser perdido en el espacio. Pero la fuerza gravitatoria de aquel mundo le atraía hacia su superficie inexorablemente. Se hubiese desintegrado en su atmósfera, de no ser por el chaleco salvavidas que rodeaba su cuerpo, especialmente diseñado para permitir a su portador no sólo flotar en el espacio, sino guiar su ruta mediante unos pequeños reactores que., en este caso no precisó utilizar.

Fue como una eternidad pero, finalmente, sobrevoló como un diminuto insecto la inmensa ciudad circular. No fue detectado ni luz alguna se proyectó sobre él. Maxwell creyó imaginar la explicación lógica a esa aparente fortuna:

—Sus sistemas detectan grandes cuerpos metálicos —se dijo—-. Pero no un diminuto cuerpo humano que flota envuelto en materiales plásticos. Soy demasiado pequeño, demasiado insignificante para que sus sistemas de defensa o detección me descubran...

Eludió caer sobre la propia metrópoli, que poseía un color metalizado, blanquecino, alejándose hacia las zonas de ruinas cercanas a la gran urbe. Captó, sin embargo, que ésta aparecía envuelta en una especie de tenue, sutil hemisfera transparente, como vidrio, pero posiblemente intangible.

—Una coraza protectora para la ciudad y sus habitantes --dedujo—. Posiblemente una barrera magnética que les mantiene aislados de todo posible ataque. Pero, ataque, ¿de quién? No creo que nadie pueda posarse en este mundo con intenciones

agresivas…

Mansamente, como una pluma, su cuerpo acabó posándose sobre los edificios en ruinas que salpicaban el desolado paisaje de Titania. Eran edificios color oscuro, de un material semejante al plastihormigón de la Tierra. El tiempo y el abandono los había erosionado y convertido en amasijos tristes e informes que salpicaban el paisaje como muñones dispersos de un cuerpo que posiblemente fue majestuoso, pero que ahora resultaba patético.

Se despojó Alan de su chaleco flotador espacial, caminando por entre aquellas ruinas mientras el cielo de Titania, sobre su cabeza, oscurecía con rapidez, sin duda por la llegada de su noche, carente de lunas e incluso de astros, a causa de lo denso de su atmósfera gaseosa. Allá lejos, la ciudad comenzó a resplandecer, intensamente azulada, cuando las luces urbanas se encendieron paulatinamente. Su resplandor bañó el desolado paraje con una claridad espectral.

Inesperadamente, creyó percibir un leve ruido a sus espaldas. Se volvió vivamente, extrayendo de entre sus ropas la pistola de láser, única arma que llevaba sobre sí en esos momentos. Pero no vio a nadie. Sin embargo, estaba seguro de que sus audífonos dentro de la escafandra o casco plástico que protegía su cabeza y del que no se había despojado por si la atmósfera de Titania era nociva para él, no le habían engañado. Fuese lo que fuese, había producido un ruido tras él. Quizás sólo se tratase de alguna piedra movida por un soplo de aire o desplomada por la erosión.

Caminó unos pocos pasos más. No llevaba alimentos encima. Sólo tabletas hidratantes para evitar la sed en caso de emergencia, pero nada más. Aquel paraje no le mostraba esperanza alguna de hallar alimentos: ni vegetación, ni agua ni animal alguno. De momento, por fortuna, no sentía apetito ni tan siquiera sed.

De nuevo percibió el ruido, esta vez a su derecha. Se volvió veloz, en esa dirección. Ahora, sí. Alcanzó a captar una furtiva sombra, una silueta oscura que desaparecía rápidamente tras un muro semiderruido. Se lanzó en esa dirección decidido, situando el graduador de disparo láser en un punto no mortal, pero sí capaz de abatir sin conocimiento a cualquiera.

Salvó el muro sin ver a nadie. Sus ojos se detuvieron, escudriñadores, en un punto de aquella zona. Había una especie de grieta en otra pared, ante él, tras la cual todo se veía profundamente oscuro. Quizás allí se había refugiado el ser que creyera vislumbrar fugazmente, quizás un animal nocturno o una simple alimaña de Titania.

No se atrevió a penetrar en la grieta. Llevaba una luz de emergencia en su cinturón, pero no era cosa de malgastarla ahora en una búsqueda quizás tan inútil como peligrosa.

Alan Maxwell retrocedió, cauteloso, la pistola fija en aquella grieta. Y, de repente, el ruido se produjo más intenso a sus espaldas. Se volvió como una centella.

Esta vez sí les vio. Y no eran animales.

Eran seres humanos.

* * *

De pequeña estatura, mucho más bajos que él, cubiertos con hábitos de estameña, de color oscuro, las cabezas bajo la sombra de unas capuchas de monje. Sus ropajes estaban ajados, rotos, a veces a jirones. Todos empuñaban armas arcaicas.

Eran espadas. Simples y vulgares espadas de tiempos remotos. No le era posible descubrir sus facciones bajo la sombra de sus caperuzas echadas hacia adelante, pero sí captar el destello de unos ojos hostiles, fijos en él

Había al menos siete u ocho individuos así. Y por la grieta, ahora, surgieron otra media docena, igualmente con hábitos monacales y espadones en sus manos. Les miró pegándose de espaldas al muro en ruinas. Amenazó con voz potente, que brotó por el altavoz de sus ropas espaciales:

-—¡Quietos ahí! ¡No intenten atacarme o tiraré a matar!

Los extraños personajes, que nada tenían ciertamente de titanes por su estatura y su complexión, más bien débil y enjuta bajo sus andrajos, no le hicieron caso. Le rodearon, enarbolando sus espadas agresivamente. Tal vez ni siquiera entendían su lenguaje, pensó Alan. Y disparó la pistola láser como advertencia.

Alcanzó con su fino, delgado rayo luminoso a dos de los individuos, que se desplomaron como fulminados. Luego, al saltar uno sobre él, espada en

ristre, le disparó al puño zurdo violentamente, estrellándolo en su oculto rostro. Sintió un crujido de huesos y el individuo se derrumbó en seco.

Los demás formaban cerco amenazador en torno suyo, pero la caída de los tres en tan corto espacio de tiempo les hizo reflexionar, sin duda. Captó murmullos ininteligibles cuando comenzaron a cuchichear entre sí algunos de ellos. Luego, uno levantó su espada en alto.

—Tú no eres un Titán —dijo con tono claro, bien inteligible.

—Claro que no —replicó él, secamente-—. No soy un titán. Soy solamente un viajero perdido que ha caído en este mundo. No pretendo hacer daño a nadie, sólo quiero sobrevivir.

—¿De dónde vienes? —inquirió el de la espada en alto.

—De muy lejos. No lo entenderías, posiblemente...

Pero veo que hablas la lengua internacional de los sistemas planetarios...

—No somos ignorantes ni bestias, extranjero —se ofendió el encapuchado, bajando su espada lentamente —. Te atacamos porque pensamos que venías de la ciudad... de Metrópolis Titania.

—Pues no, no vengo de allí. Viajaba por esta zona en una nave comercial cuando fui alcanzado por un rayo de energía lanzado desde este planeta. Y abatieron mi nave. Pude salvarme evacuándola a tiempo. ¿Quiénes sois vosotros?

—Nosotros... sí somos los Titanes.

Alan juró entre dientes, pensando que acababa de caer en una celada. Maniobró su pistola para disparar

de nuevo. El otro alzó otra vez la espada, conciliador.

—¡Alto, espera! —pidió—. Veo que no eres precisamente simpatizante de los Titanes…

—No puedo serlo. Habéis destruido mi nave. Habéis capturado a amigos míos recientemente… y habéis aniquilado a otros.

—¿Nosotros? —la cabeza encapuchada se movió negativamente—. Ni remotamente, extranjero. Te he dicho que somos los Titanes, eso es todo. Pero no los Titanes que ocupan esa orgullosa y majestuosa ciudad. Nosotros somos los Titanes originales, los que no quisimos ser eternos y nos rebelamos contra la mutación genética del siglo XXIII..

—De modo que sois… sois como los parias de este planeta, entonces.

—Algo así. Deseamos sólo una vida normal, nacer, vivir… y morir. La inmortalidad es cosa de dioses, no de hombres. Ese don hace al ser humano cruel, arrogante, orgulloso, dominador de los demás, porque se cree superior a todos, se cree un auténtico dios. Nuestro pueblo rechazó en su día esa posibilidad. Desde entonces, vivimos perseguidos por los orgullosos Titanes de vida eterna, acosados, tratados como bestias o como apestados, teniendo que refugiarnos en las ruinas de las viejas ciudades aniquiladas por los Titanes inmortales, por sus malditos robots guerreros, por sus poderosas fuentes de energía destructora. A eso les condujo la inmortalidad: a destruir, a matar…

—Se han llevado a miles de compañeros míos de una colonia espacial en Dracus —explicó Alan más

calmado, bajando su pistola—. Terrestres como yo. Y no sé para qué lo han podido hacer…

-—Yo, sí lo sé —el hombre pequeño, vestido con andrajos monacales, se acercó a él, tirando la espada al suelo. Le tendió una mano rugosa, pequeña, flaca—. Mi nombre es Kaleha, y soy el jefe de los Titanes rebeldes. Bien venido a nuestro mundo, si es que se le puede decir eso a alguien en el presente.

—Gracias, Kaleha —estrechó aquella mano, fría y huesuda—. Mi nombre es Alan Maxwell. Realmente, vine a intentar rescatar a mis amigos, aunque sé que es una tarea imposible. Vi a esos Titanes en Colonia Eclipse. Eran gigantes cubiertos de metal…

—Esos no son los Titanes. Son sus fíeles servidores, los robots guerreros. Últimamente, algo les ha sucedido a los orgullosos señores de Titania. Me han llegado confidencias de que la raza degenera rápidamente, de que muchos se mueren… Algo falló en su genética nueva, la mutación no resultó. Y necesitan nuevo tratamiento, ¿comprendes?

-—No. ¿Qué clase de tratamiento?

—Eso es lo terrible para ti, extranjero amigo —dijo Kaleha meneando la cabeza tristemente—. Tus amigos… esos terrestres capturados… serán la fuente de los nuevos genes que permitan su mutación. De sus tejidos extraerán el suero que les permita volver a ser gigantescos, eternos, poderosos, siempre jóvenes… Les introducirán a todos en sus laboratorios, para hacer de ellos… suero inmortal, ¿entiendes ahora?

—Dios mío, no… —palideció Alan intensamente—. No pueden hacer eso con… con seres humanos

indefensos...

—Claro que lo harán. Nada puede detenerles. Su obsesión por ser inmortales les hace despreciar toda vida humana. Con esos miles de seres que mencionas, tendrán suero suficiente para recuperar su condición de eternos, al menos momentáneamente...

—¿Qué quieres decir con eso de... «momentáneamente»?

—Que su inmortalidad nunca será completa. Podrán volver a vivir dos o tres siglos. Luego, volverán a presentarse los síntomas de regresión. Y de nuevo necesitarán más y más humanos... ¡Tendrán que saquear todos los mundos habitados por humanos! La leva de nuevos hombres para su suero será también eterna, Maxwell...

—Cielos... La Tierra... ¡La propia Tierra acabaría siendo su víctima!

—Así es. Tarde o temprano, así sucederá...

—Dios mío, ¿quién es el jefe de esos monstruos sin conciencia? ¿Quién dirige sus destinos y permite tales atrocidades?

—Su jefe supremo es Yelwak. Suya fue la idea de la inmortalidad. Es un ser sin piedad hacia nada ni nadie. Pero lo malo es que posee el medio de que todos sus deseos se cumplan implacablemente. —¿Qué medio? ¿Su fuerza? ¿Sus robots guerreros?

—Más que eso. Nada de todo ello existiría, ni siquiera esa ciudad poderosa e inexpugnable, si no fuese por el Gran Ordenador. —¿El Gran Ordenador? —repitió Alan, —Así es -afirmó Kaleha gravemente—. El Gran Ordenador. Es el centro de todo el poder de

Titania. Un cerebro electrónico todopoderoso, creado por Yelwak y sus científicos. Capaz de generar la energía suficiente para destruir a quien sea, capaz de dotarles de poderes especiales, como su luz hipnótica, sus rayos aniquiladores o la protección magnética de su ciudad.

—De modo que todo su poder radica en el Gran Ordenador…

—Virtualmente, sí. Al menos, mientras no vuelvan a ser los Titanes que fueron en otro tiempo. Ahora su estatura se ha reducido, envejecen rápidamente, pierden fuerza física e incluso algunos mueren de viejos, convertidos en auténticas momias… Sólo Yelwak parece guardar para sí una dosis cada vez más reducida del suero de eternidad. Por eso precisa con urgencia nuevo suero, para él y para su gente. Y sólo sacrificando en sus laboratorios a los humanos secuestrados le será posible lograrlo…

Alan, desolado, se dejó caer en unas piedras, sentándose con la cabeza entre las manos.

—Entonces, es imposible hacer nada… —murmuró—. No puedo rescatar a mis amigos… Dices que esa ciudad es… es inexpugnable…

—Exacto —suspiró Kaleha—. Del todo inexpugnable. Nadie jamás pudo entrar en ella. Sólo los Titanes de vida eterna la habitan.

—Así que debo abandonar toda esperanza… —susurró amargamente.

—Me temo que sí, Maxwell —admitió sombríamente Kaleha, apoyando su flaca mano amistosamente en el hombro del abatido viajero del

espacio—. Me temo que sí, a menos que se produzca un milagro. Y que yo sepa, jamás se produjo ninguno en Titania…

6

No era una comida demasiado apetitosa, pero evidentemente, los Titanes rebeldes intentaban complacerle ofreciéndole de lo poco que ellos tenían.

En aquellas naves subterráneas, ocultas en las profundidades de Titania, bajo las ruinas de las viejas ciudades, se sentó a una larga mesa con sus anfitriones, bajo la presidencia de Kaleha. Eran una treintena los que ocupaban esa mesa. Centenares de otros personajes tan andrajosos y flacos como los demás, se agrupaban alrededor, en otras mesas de piedra, formando la comunidad oculta de aquel mundo, los rebeldes perseguidos por el poder de Metrópoli Titania.

Cuando se bajaron sus caperuzas, el espectáculo fue lamentable. Todos ellos aparecían envejecidos, rugosos, como una raza en total decadencia física. Kaleha le explicó que aquella vida clandestina estaba minando su salud inexorablemente. Además, las emanaciones de las industrias de la gran urbe planeaban sobre las ruinas, produciendo una contaminación paulatina del aire de Titania, que también ejercía su nociva influencia sobre el organismo de quienes no podían protegerse de tales emanaciones insalubres. La ciudad, en cambio, estaba a salvo de todo riesgo dentro de su cúpula protectora.

Los alimentos eran escasos y de escaso sabor. Ellos mismos cultivaban en el subsuelo una especie de setas u hongos comestibles que formaban parte principal de su alimento cotidiano. Un líquido fermentado era su bebida habitual.

—Como ves, nuestra miseria es absoluta -—declaró Kaleha con tristeza.

—Me doy cuenta. ¿No podéis pactar con los de la ciudad para sobrevivir más dignamente?

—Imposible. Lo intentamos a veces. Su respuesta fue el ataque. Aniquilaron a muchos de los nuestros, enviándonos a sus robots guerreros. Ahora ya ni se preocupan de nosotros, porque saben que iremos pereciendo paulatinamente sin remedio. Ya te digo que nos consideran simplemente unos apestados despreciables.

—Si existiese un medio de entrar en esa maldita ciudad, de liberar a mis amigos...

—Olvídalo. Aunque lo lograses, cosa del todo imposible, ¿qué conseguirías? ¿Adonde iríais todos? Os volverían a dar caza como a animales salvajes.

—¿No es posible destruir su poderío... acabando con el Gran Ordenador? —sugirió Alan.

—¿Deliras? Nadie puede acercarse al Gran Ordenador, salvo el propio Yelwak, que va siempre protegido por una guardia de < robots. Sólo los humanos cautivos se acercarán allí e incluso entrarán en su interior, en lo que ellos llaman el Prisma Azul.

—¿Prisma Azul?

—Sí. Es el corazón del Ordenador. Allí serán tratados los humanos como cobayas, para obtener de

sus cuerpos el suero, sacrificando sus vidas. Pero como todos estarán en trance hipnótico, a merced de la voluntad del Ordenador, sin poder oponer resistencia, ninguno estará capacitado para intentar siquiera destruir el cerebro electrónico que rige esa ciudad odiosa y a sus crueles habitantes.

—Comprendo. No hay esperanza...

—No, no la hay. Me gustaría ofrecerte una, pero sería falsa, amigo mío. Tendrás que convivir con nosotros Dios sabe cuánto tiempo, tal vez hasta tu muerte, sin que puedas hacer absolutamente nada ni por ti mismo ni por tus amigos, puesto que no posees nave capaz de sacarte de Titania jamás.

Un grupo de hombrecillos de hábito andrajoso entró en la gran nave subterránea con cierta excitación. Se aproximaron a Kaleha, haciendo grandes gestos. Este les miró, pensativo.

—Dejad de parlotear y decid qué sucede —les conminó secamente.

Uno de sus hombres se hizo portavoz de los demás:

—Otra nave de Titania vuelve de un viaje al espacio exterior —informó—. Acabamos de verla penetrar en la atmósfera, de regreso.

—Comprendo. Tal vez alguna expedición bélica de las suyas...

—Se ha posado en el llano, no en el cosmódromo de Metrópoli Titania —objetó el otro—. Debe venir averiada para hacer eso... Y han comenzado a salir de ella robots guerreros... y seres humanos,

—¿Seres humanos? —se interesó Alan,

—Si. Hileras de ellos. Cautivos sometidos a la

hipnosis de los Titanes —dijo el hombrecillo—. Los han hecho descender de la nave, emprendiendo la marcha hacia la ciudad a través del llano, no lejos de aquí..,

—Eso si es raro. Evidentemente, la nave sufriría algún daño y no pudo posarse en el interior de la ciudad —dijo Kaleha pensativo—. Ya ves lo que sucede, Maxwell: nuevos prisioneros de alguna otra colonia terrestre, también compatriotas tuyos… Los traen para el gran sacrificio. Así aumentarán sus reservas de suero inmortal…

—¿Son muchos los nuevos cautivos? —indagó Alan.

—Muchos, sí —afirmó el informador—. Tal vez dos mil. Tardarán un buen rato en entrar todos en la ciudad, caminando en ese estado… Será mejor que ninguno asomemos esta noche al exterior.

Kaleha afirmó. Luego observó el gesto de Maxwell, el brillo de sus ojos.

—¿Qué estás pensando, extranjero? —preguntó.

—Kaleha, imagina que salgo ahí fuera ahora…

—¿Estás loco? Te unirían de inmediato a esos cautivos, sometiéndote primero al control hipnótico que te convertiría en un autómata… para ser luego suero de eternidad.

—No, no me entiendes. Imagina que salgo al exterior… sin ser visto. Y me uno a la hilera de cautivos sin que los guardianes lo noten. Así entraría en la ciudad como un prisionero más… fingiendo no ver me en trance como he visto que se mueven los que son sometidos a su luz azul… ¿Podrían ellos detectar

que miento?

—No lo sé. Tal vez no, si finges bien. Pero eso es un disparate...

—No, no lo es, Kaleha. Es el *único* modo de entrar en la ciudad, ahora que existe un acceso abierto. Piensa que estaré dentro, que me llevarán hasta ese Prisma Azul que tú dices, que estaré cerca del Gran Ordenador..., pero consciente, sin estar sometida mi voluntad a su dominio.

—Aun así, es una locura. Nada te garantiza que no descubran tu estratagema...

—Ya lo sé. Eso sería demasiado pedir —sonrió Maxwell duramente—. Si pudiese introducir allí algún arma para destruir el Ordenador...

—Imposible. Eso sí lo detectarían. Poseen importantes detectores de metal.

—¿Y de materiales plásticos?

—No, supongo que no —Kaleha le miró pensativo—. ¿Qué estás planeando?

—Mi chaleco salvavidas espacial posee una serie de cargas detonadoras unidas a un sistema de reactores para poder moverse en el espacio sin quedarse uno perdido. Esas pequeñas cargas son plásticas, explosivos no detectables normalmente. Reunidos todos ellos, forman una carga no demasiado grande, pero sí considerable. Si le uno los detonadores a reacción, podría construir en unos minutos un pequeño artefacto explosivo dotado de sistema cronometrador... todo ello en material plástico, sin metales.

—Inténtalo, sí quieres. Pero piensa que tal vez sea

sólo un suicidio…

—Una vez dentro de la ciudad, no sólo intentaré destruir el Ordenador, sino dejar algún acceso abierto. Vosotros podríais aprovecharlo y…

—¿Asaltar la ciudad? —la sonrisa de Kaleha era escéptica—. Estás loco, extranjero. Pero me gusta tu locura. Es una oportunidad, tal vez la única en siglos. Pueden pasar milenios antes de que una de sus naves sufra una avería y tenga que posarse fuera de la metrópoli… con un acceso abierto al interior. De acuerdo, haz lo que sea, pero rápido. Esa gente tardará en entrar, pero no se pasarán toda la noche en ello…

Alan Maxwell asintió, corriendo al exterior, al punto donde, entre las ruinas, dejara caer su chaleco salvavidas espacial. Pudo ver en la distancia la hilera interminable de humanos camino de la gran ciudad, saliendo de una de las negras naves de Titania. Robots de tres metros de altura dirigían la operación bajo el resplandor de sus reflectores.

Trabajó de prisa. Minutos después, tenía montado el artilugio, que metió entre sus ropas. Se despojó de su escafandra, que dejó a Kaleha, deslizándose por entre las ruinas, tras estrechar la mano del jefe de los rebeldes.

—Esperaremos tu señal, si todo va bien. Si no… Dios te ayude —fue su despedida.

Alan corrió, agazapado, en dirección a la nave negra, procurando no producir el más leve ruido sobre el duro terreno desolado. Alcanzó sus soportes sin ser advertido. Por la escotilla descendían incansablemente los prisioneros, con su rostro inexpresivo, la mirada

perdida en el vacío. Alan adoptó ese mismo gesto, se puso rígido... y se situó ágilmente, en un momento dado, entre la hilera de cautivos, que ni siquiera le prestó atención.

Formando parte de la triste comitiva, echó a andar hacia la urbe resplandeciente, como un prisionero más. Pasó junto a los robots de negra armadura. Ninguno captó nada especial. La ficción de Alan era perfecta.

Y así entró finalmente en Metrópoli Titania.

* * *

Miraba a su alrededor, abatido.

Miles de terrestres como él, formaban aquel hacinamiento humano en una amplia nave de muros desnudos, dentro de la ciudad. No vio por parte alguna a Vania ni a Ned, lo que le causó cierto desasosiego.

—¿Los habrán sacrificado ya en el Prisma Azul? —se preguntó angustiado.

Los demás no se movían, eran como espectros vivientes. El tampoco debía moverse ni cambiar de expresión, aunque procuraba dirigir ojeadas disimuladas en torno suyo de vez en cuando.

El tiempo transcurría lentamente. Y no sucedía nada.

Fueron pasando horas e incluso días. Sus compañeros de cautiverio dormían casi en letargo. Al despertar, se les suministraba una bebida que tomaban mecánicamente.

Alan no escapó a ese ritual. Se tragó aquel líquido,

temiendo que sirviese para mantener anulada la voluntad, pero pronto comprobó que seguía normal. Por tanto, se trata únicamente de una forma de alimentar a los futuros sacrificados.

Súbitamente, se abrieron las puertas. Dos hileras de robots se formaron a ambos lados. Aparecieron los auténticos Titanes en el centro.

Los ojos de Alan, sin pestañear, aparentemente opacos, se fijaron en ellos. Dominó un estremecimiento. Al fin veía al verdadero enemigo frente a frente...

Kaleha había tenido razón. La mutación había sido un fracaso. Los orgullosos Titanes de quienes todo el mundo hablaba con temor, no existían. Eran tan pequeños como los rebeldes. Y mucho más viejos, rugosos, casi momificados, aunque sí vestían lujosamente, con ropas resplandecientes y largas túnicas tornasoladas.

A su frente iba Yelwak. Porque tenía que ser Yelwak, sin la menor duda, a juzgar por lo que le dijera Kaleha. Yelwak, un gigantesco titán de casi tres metros de estatura, aparentemente joven, vital, musculoso, fuerte como un roble, de rostro helado, pétreo, ojos claros y fríos, facciones graníticas, pelo blanco, casi plateado y cortado a cepillo.

Hizo un gesto. Los robots comenzaron a hacer levantar a los prisioneros, formando hilera con ellos. Le oyó la voz, en lenguaje internacional del universo:

—Llevadlos con los demás. Todos pasarán ahora al Prisma Azul. Los preparativos para hacer el suero están listos.

El corazón le dio un vuelco. «Los demás» eran, sin duda, el otro grupo de cautivos. Vania y Ned estarían con ellos, sin duda. Pronto lo comprobó al verles, cuando se reunieron en una vasta explanada, bajo la cúpula cristalina de la ciudad, con otros miles de prisioneros. Vania pasó junto a él sin verle, erguida y como sonámbula. Ned Robin iba más lejos, con igual aspecto que todos.

Les condujeron hacia una gran escalinata central, en un edificio blanco, en forma de torre con una cúpula esférica. Fueron obligados a entrar en la gigantesca edificación formando hileras dóciles.

Alan penetró así con suma facilidad en el corazón mismo del imperio de Titania. Lo realmente difícil, pensó una vez dentro, iba a ser salir…

El interior era como un gran templo. Fueron llevados ante una forma de prisma, de luz azul, sobre el que se veía una inmensa esfera luminosa, surcada por cifras, luces, parpadeos, signos intraducibles, zumbidos… El Gran Ordenador, sin duda.

Las puertas del gran prisma se abrieron. Los robots comenzaron a hacer entrar a los cautivos en hilera dentro de aquel recinto donde, sin duda, serían sometidos a la acción del algún mecanismo o sustancia que convertiría sus cuerpos en productores del ansiado suero de la vida eterna.

Alan fingía caminar como un autómata humano más, pero su mano se cerraba ahora sobre el pequeño bulto plástico donde había reunido las cargas explosivas, el detonador y el sistema cronométrico. Lo pulsó disimuladamente, adhiriendo el envoltorio a uno

de los ángulos del Prisma Azul, bañado en luminosidad fosforescente. Siguió adelante, imperturbable.

Un minuto… y la carga estallaría, si todo iba bien. Estaba justamente dentro del Prisma, debajo de la esfera del Gran Ordenador. Lo importante era que no llegase a ser detectada.

Se situó con los demás, pero disimuladamente, se adelantó, colocándose junto a Vania y Ned Robin, que ahora sí se hallaban próximos. Mentalmente, iba contando los segundos:

—Cincuenta y dos… cincuenta y uno… cincuenta… cuarenta y nueve…

Los primeros sacrificados estaban bajo el chorro de luz azul que derramaba el prisma en su centro. Les vio oscilar, desplomarse lentamente, despidiendo sus cuerpos un vapor azulado. Horrorizado, comprendió que aquella máquina infernal extraía del interior de cada cuerpo humano la sustancia necesaria para producir el suero. Los cuerpos sometidos a aquella luz, se iban arrugando, como descarnados, se volvían lívidos, como si su sangre toda hubiese sido absorbida, como así debía suceder.

Alan respiró hondo. A él, a Vania y a Ned no les faltaba mucho para llegar al lugar del sacrificio. Confiaba en que antes se cumpliera el tiempo…

—Treinta y ocho, treinta y siete… treinta y seis… treinta y cinco…

Otro grupo fue sometido a la misma acción. Alan nada podía hacer para salvar a aquellos desdichados. Un movimiento en falso antes de tiempo, podía

provocar el desastre, estropeando todo el plan. Era preciso tener sangre fría, esperar, resignarse con las vidas humanas que se estaban perdiendo irremisiblemente.

—Veintinueve… veintiocho… veintisiete…

De nuevo el espectáculo horrendo, la absorción de sangre y tejidos por la máquina del Prisma Azul. Los cuerpos exámines eran retirados por los robots y arrojados a una fosa común cercana.

En la próxima remesa, incluyeron a Vania y a Ned. El horror de Alan fue tremendo. Se habían adelantado al elegirlos. Tenía que intentar salvarles. Ahora, o nunca.

Pero faltaban aún demasiados segundos…

—Diecisiete… dieciséis… quince… catorce…

Ya iban a introducirlos en el centro del Prisma. Alan saltó fieramente, aferrando a ambos amigos por los brazos, tirando luego de ellos hacia atrás. Los robots le miraron con extrañeza. Sus mentes cibernéticas no parecían entender. Pero Yelwak sí entendió, al verlo desde el exterior del prisma. Señaló a Alan, gritando:

—¡Traición! ¡Hay un humano consciente en ese grupo! ¡Destruidlo, pronto!

Los gigantescos guerreros metalizados se movieron hacia él. Tras las viseras negras de su rostro, brillaron los ojos escarlata. Ned y Vania le miraban estúpidamente, sin entender nada, arrastrados por Alan lejos del Prisma asesino.

Los demás Titanes, aturdidos, corrieron también para dominar al terrestre rebelde. Una sirena comenzó

a emitir una llamada de alarma general. Oscilaron las luces rojas. El Gran Ordenador vomitó sobre él un chorro de luz blanca, gélida, que le envolvió como una niebla, haciéndole sentir un dolor agudo en todo el cuerpo. Tuvo que soltar a Vania y a Robin, que rodaron por los suelos sin reaccionar.

Los robots y los Titanes venían hacia él para aniquilarle. Pero Yelwak les gritó cuando sus armas apuntaban hacia Alan Maxwell

—¡Esperad! Cogedle vivo, quiero interrogarle... ¿Cómo pudo entrar aquí?

Mentalmente, seguía contando Alan:

—Siete... seis... cinco...

Le rodearon. La luz blanca del Gran Ordenador le mantenía inmovilizado, con sus miembros casi congelados. La mente empezaba a flaquearle. Pero aun así, contó:

—Cuatro... tres... dos...

Luego, los robots alargaron los brazos, sus guanteletes de metal le sujetaron para alzarle...

—Uno... ¡CERO...!

Y el Prisma Azul reventó en mil pedazos.

La explosión lanzó sus paredes cristalinas por doquier. Los robots fueron lanzados también lejos por la onda explosiva. La llamarada que subió violentamente, prendió en circuitos y fusibles. Chisporroteó la esfera del techo, ante el horror de Yelwak.

—¡El Ordenador! —aulló—. ¡Evitad que se estropee!

Corrieron hacía él, pero era inútil. Alcanzado por

la explosión, el Gran Ordenador estaba chisporroteando violentamente, su pantalla se hizo añicos en una explosión fulgurante que lo llenó todo de vivísima luz. La gran nave central se quedó en sombras un momento.

Y sorprendentemente, los humanos, aquellos miles de seres, poco antes dóciles, rendidos a su suerte, comenzaron a gritar, a emitir voces, a moverse de forma distinta, con voluntad propia. Ned Robin y Vania se pusieron en pie, se miraron, para luego buscar con la mirada a su salvador, entre parpadeos de luz espectral.

—¡Alan! —gritó Robin—. ¡Es *Alan*!

Yelwak retrocedía aterrado, mientras las luces seguían sus parpadeos, a medida que los sistemas eléctricos se iban deteriorando en cadena. El Ordenador ardía, entre nubes de humo acre, el prisma era un montón de vidrios azules…

—Maldito… —jadeaba Yelwak—. Maldito… Has destrozado todo… El Prisma Azul, el Gran Ordenador… No sabes bien lo que has hecho…

—Yo creo que sí, Yelwak —rió Alan incorporándose al fin, sin sentir aquel hielo en su cuerpo—. He acabado con tu poder. Mira a tus robots. Ni siquiera se mueven. Desapareciendo el Ordenador, creo que no tienes fuerza alguna para mover tus recursos, maldito loco…

El amo y señor de los Titanes que soñaban con la vida eterna, le dirigió una mirada de odio. Luego, extrajo de sus brillantes ropajes un arma plateada, de largo cañón, con la que apunto a Maxwell.

—Bien, de todos modos no vivirás para disfrutar de este éxito, terrestre. Aún poseo el medio preciso para terminar con tu maldita vida…

Alzó el arma. Maxwell no podía defenderse. Robin estaba demasiado alejado de Yelwak para intentar tampoco cosa alguna. El dedo del gigantesco tirano se movió sobre el resorte de disparo…

Pero nunca llegó a presionarlo. Lanzó un alarido ronco, agitándose en brusca convulsión. Soltó el arma, abriendo sus brazos en cruz. Y se desplomó de bruces, con una espada clavada hasta la empuñadura en su espalda. Luego, otras dos espadas fueron a hacer compañía a la primera mientras su cuerpo caía pesadamente.

Se quedó inmóvil en el suelo, atravesado por los aceros. La sangre brotó de su cuerpo, empapando sus lujosas ropas. Alan miró hacia las puertas de la torre, donde descubrió al grupo de rebeldes Titanes, con sus inconfundibles estameñas ajadas, manejando sus arcaicas espadas que, pese a su antigüedad, habían servido para salvar su vida en el momento preciso.

Kaleha, su jefe, le saludó con alborozo, enarbolando otra espada.

—Lo lograste, amigo —dijo—. Esperábamos fuera… Cuando sonó la explosión, se desconectaron los sistemas de seguridad, saltó la barrera magnética hecha trizas… y pudimos entrar aquí. Los Titanes escapan como pueden, sus robots guerreros ni se mueven, son como viejas armaduras inútiles en un viejo castillo…

—Así es, Kaleha. Al destruirse su Gran Ordenador,

todo se destruyó. La fuente de energía cesó, los sistemas electrónicos se alteraron, esta perfecta ciudad dejó de serlo porque dependía en todo de esa máquina.

—Nunca me hubiera imaginado que fueses capaz de traer un milagro a este triste mundo, extranjero —sonrió Kaleha—. Nos has dado al fin una nueva esperanza: la de vivir otra vez dignamente, hasta el fin de nuestros días, sin ser esclavos ni perseguidos, sin soñar ya nadie aquí con eternidades, porque nuestro destino es nacer y morir... Bendito seas, amigo, que has conseguido tanto.

—Sí, Alan, nos has salvado a todos —dijo Robin, abrazándole emocionado.

—No, a todos, no —manifestó Maxwell tristemente —. Muchos de nuestros compañeros han muerto hoy en ese prisma maldito, para donar sus tejidos y sangre para el suero de la eternidad... A ellos no pude salvarlos, pero su sacrificio ha servido para que otros miles de vidas se salvaran.

—Y con ellas, tal vez el futuro mismo del universo —le recordó Kaleha—. Todas las guerras tienen bajas. Lo importante es llegar victoriosos al final...

—Ahora recuerdo todo... —musitó Vania, acercándose a Alan lentamente—. Mi nombre real es Morgana, no Vania, pero recordaré siempre con cariño ese nombre que me disteis, amigos míos. A ti, Robin, y a ti, Alan, os debo mucho. Creo que os lo debo realmente todo en esta vida...

Y también emocionada, se abrazó a Alan fuertemente. Luego sus ojos se encontraron, sus labios

casi se rozaron. Ned Robin lanzó un suspiro, meneando la cabeza.

—Así es mi suerte —manifestó con resignación—. Yo me juego la vida por una chica… y luego ella cae en brazos de Alan… Siempre ha ocurrido igual…

A su alrededor, todo eran vítores y júbilo. Los rebeldes eran al fin los amos de la orgullosa metrópoli de Titania. Una nueva era comenzaba para aquel mundo.

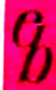
—Volveréis a vuestros lugares de origen —prometió Kaleha—, Una de las grandes naves de nuestros enemigos servirá para reintegraros adonde os corresponde. Nosotros no necesitaremos naves así, porque no pensamos en conquistar a los demás, sino en vivir en paz en nuestro propio planeta.

—Gracias, Kaleha. Sois un noble pueblo que estoy seguro que hará de esta civilización algo mejor de lo que había sido desde que se obstinaron en ser inmortales… —Alan estrechó la mano del jefe de los rebeldes—. Nunca os olvidaremos. Nunca.

—Ni nosotros a vosotros —respondió el titán—. Seréis algún día leyenda en nuestro mundo. Como ángeles que llegaron del cielo para devolvernos la dignidad humana, la paz y la fe en nosotros mismos y en nuestro futuro, Alan Maxwell…

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.